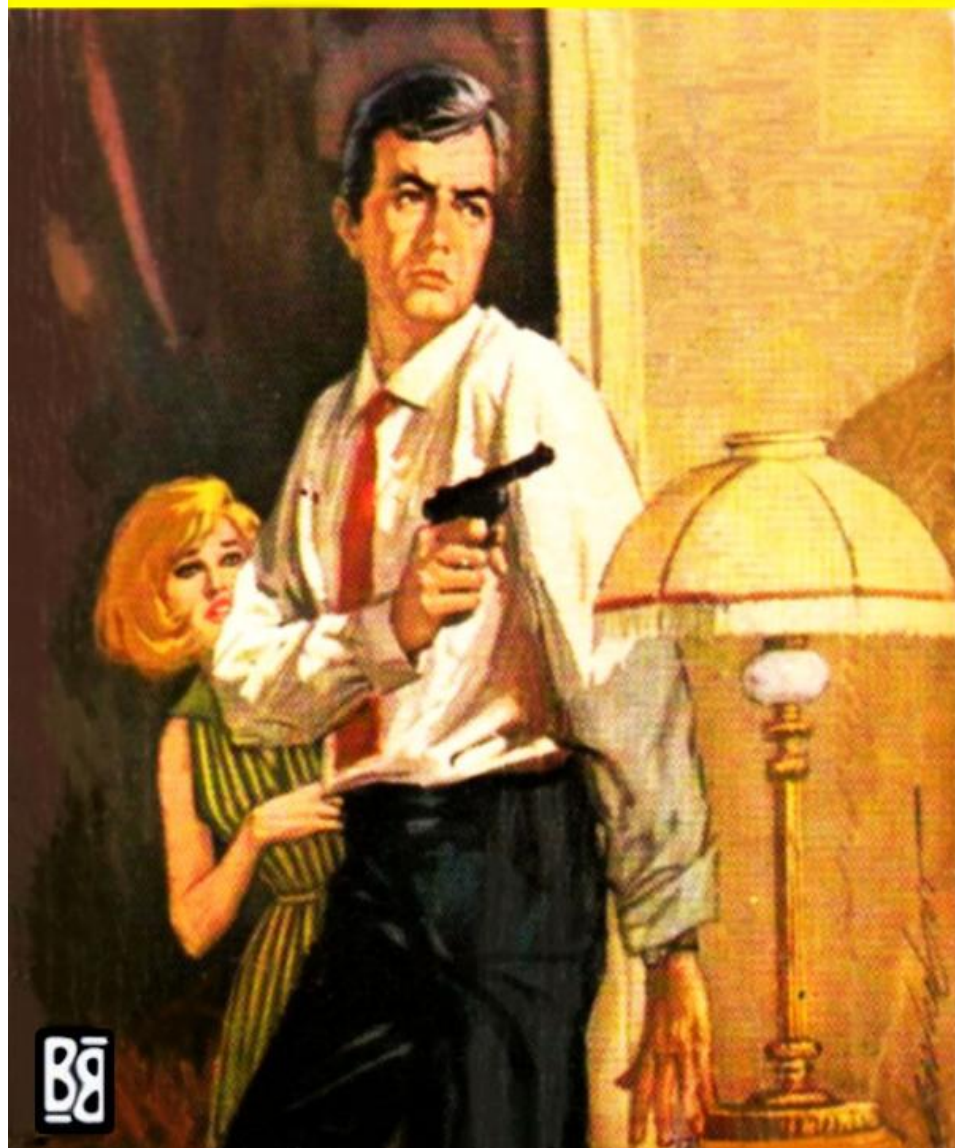


PUNTO
ROJO

el coleccionista de mujeres

keith luger



B&B

EL COLECCIONISTA DE MUJERES

KEITH LUGER

EL COLECCIONISTA DE MUJERES

Colección PUNTO ROJO n.º 191

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BUENOS AIRES

BOGOTA



Dépósito legal: B 27.486 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre 1965

© KEITH LUGER - 1965
sobre el texto literario

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Quién cree usted que ganará el título de *Miss Europa*, señor Ferniot? —preguntó Guy Cordier, redactor del semanario de gran tirada *Paris-Dimanche*.

—Hay muchas candidatas —contestó Maurice Ferniot.

—Sí, eso ya lo sé. Dieciocho.

—Todas ellas tienen las mismas posibilidades.

Guy Cordier sonrió burlonamente.

—Sin embargo, usted tiene una favorita.

—Es posible.

—Cuando usted ha tenido una favorita, resultó siempre la ganadora...

—Eso sólo demuestra que mi opinión coincidió con la mayoría de los jurados... ¿Ha observado bien a las candidatas durante las pruebas preliminares, señor Cordier?

—Desde luego.

—Entonces, admitirá que, en esta ocasión, los jurados tienen un difícil trabajo. Hay media docena de muchachas que ostentarían con verdaderos méritos el título.

—Es usted un zorro, señor Ferniot. Habla y habla sin contestar a mi pregunta.

—En mi cargo he aprendido a ser diplomático.

—Está bien, señor Ferniot. Me temo que lo que usted dice no va a contentar a mis lectores.

—Hable usted con otras personas. Quizá ellos se atrevan a hacer un pronóstico.

—Eso haré.

—Pero, por favor, señor Cordier. Recuerde la prohibición más importante. Los jurados no pueden emitir su voto antes de tiempo.

No trate de sonsacarles.

—Desde luego, señor Ferniot.

Cordier hizo un saludo con la mano y se apartó de Maurice Ferniot, jefe de Relaciones Públicas de la Organización que tenía por objeto elegir *Miss Europa* en Cannes.

Se estaba celebrando una gran fiesta en el amplio salón Olympia.

La mayoría de las *misses* estaban ya allí. Habían llegado con su correspondiente cortejo.

También se veían muchas caras conocidas, gente del cinema, del teatro, famosos escritores, hombres importantes de la política...

Guy Cordier se acercó a Claude Hardy, también periodista, un competidor que trabajaba para el semanario especializado en escándalos «Por el ojo de la cerradura».

Claude soltó, enseguida, la primera bomba:

—Hola, Guy, ¿te confesó Ferniot que se pegó un jeringazo antes de salir de su habitación?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo saben todos. Es adicto a la hipodérmica.

Guy hizo un gesto de mal humor. No le gustaba la clase de periodismo que hacía Claude Hardy.

—¿Tienes pruebas, Claude?

—Ya lo sé. No basta con que lo digan. Pero yo encontraré esa prueba.

—¿Componiéndola?

Claude Hardy sonrió con cinismo.

—¿Por qué no?

—¿No te han roto nunca la cara?

—Claro que sí. Un par de veces. Pero me la compusieron con billetes de los grandes.

—¿No sientes vergüenza?

—¿Qué es eso?

Guy Cordier hizo chascar la lengua.

—Has podido ser un gran periodista. ¿Por qué te metiste en ese basurero?

—El mundo es un pozo de desperdicios.

—No, no lo es. También hay jardines.

—Vamos, Guy, no me salgas ahora con que eres poeta... Tú

también haces de las tuyas. —Pero procuro no hacer daño a nadie...

—¿Qué le preguntabas a Ferniot...?

—Te puedo jurar que no era nada relacionado con las drogas.

—Ya lo imagino. Te preocupa quién va a ganar.

—Sí.

—Yo te lo puedo decir.

—¿Quién?

—*Miss Hungría*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Unos cuantos microbios del basurero.

—Nombres.

—Se puede decir el pecado, pero ¿cómo quieres que te diga los pecadores?

—También he oído que quien tiene más posibilidades es *miss Italia*.

—Cuentos.

—¿No te equivocas ninguna vez...?

—Quizá me equivoque, pero yo no lo creo... Recuérdalo, Guy, ya a ganar *miss Hungría*... La estoy esperando a ella...

—Eso es muy raro en ti. ¿Por qué no fuiste en su busca...?

—Hay cuatro colegas que me espían. Sí, querido Guy. Inconvenientes de ser un águila en la profesión... Tú eres independiente como yo, buscas tu propia información, pero hay unas cuantas sanguijuelas, que se llaman periodistas y que sólo se preocupan de seguir mis pasos.

—¿Y por qué me cuentas tu secreto?

—Porque te aprecio, Guy —sonrió Glande—. Porque te aprecio...

—Eres muy amable.

—Mi director quiere renovarte su oferta.

—Ya salió.

—Dice que nuestro equipo no estará completo hasta que tú no figures en él. Ya ves que soy noble contigo, Guy.

—Dile a tu director que siga buscando.

—Oye, muchacho... A veces me pregunto si te rige bien la cabeza. Mi director te pagaría el doble de lo que estás ganando con esos tontos del *Paris-Dimanche*, y no me sueltes la canción de que en este mundo no todo consiste en el vil metal.

—Si tú lo dices, no hace falta que yo lo repita.

—Guy, convéncete. El dinero abre todas las puertas... Y sirve para que disfrutemos de la mejor de las vidas...

Guy dio una palmada en la espalda de Claude.

—Guarda tu filosofía para otro momento. Hoy estoy en una fiesta.

—Como tú quieras.

CAPÍTULO II

Carlota Bortzay, *miss* Hungría, se contempló en el espejo.

Sí, estaba segura de que el peluquero había acertado con aquel peinado. Hacía resaltar el perfecto óvalo de su cara.

Deseaba ganar el preciado título. Sabía lo que significaba para ella. Subir el último peldaño que la acercaría al cine. Desde los trece años no había sentido otro deseo. Llegar a verse en la pantalla. Y ahora estaba a punto de conseguirlo.

El jefe de Relaciones Públicas, el señor Ferniot, se lo había asegurado muchas veces. Ella, Carlota, sería la nueva *Miss* Europa. No tenía rival.

Bien, ya estaba lista.

En el *living* la estaba esperando aquel hombre, Raoul Briand, que los organizadores habían puesto a su disposición, una especie de guardaespaldas, el hombre responsable de su seguridad. Briand era un hombre fornido, no demasiado inteligente. El mismo le había dicho que en otros tiempos fue boxeador, y más tarde luchador de catch.

Salió al vestíbulo.

Briand estaba leyendo una revista y alzó los ojos.

Ella vio en el gesto del guardaespaldas la admiración que le producía su presencia.

—¿Estoy bien, Raoul?

Raoul Briand tragó saliva.

—Demonios, que me cuelguen si no es usted la mujer más preciosa que he visto en mi vida.

—Gracias, Raoul. Pero hoy conocerás a muchas, que serán tan bonitas como yo, o incluso más.

—Eso es imposible, señorita Bortzay. Nadie es más bonita que

usted. Las ganará a todas. Eso no tiene que dudarle.

—Bueno, si tú fueses un miembro del jurado, al menos tendría un voto.

—¿Qué dice? Usted va a tener todos los votos. Los va a volver locos. En cuanto la vean, se les va a hacer la boca agua... Bueno, quise decir que los va a dejar tontos... Demonios, tampoco me sale...

Carlota Bortzay rió.

—No te preocupes, te he comprendido bien.

—Yo soy muy animal, señorita. No recibí mucha educación.

—Te haré una confidencia, Raoul. A mí tampoco me gustaba ir a la escuela y, en cuanto podía, hacía novillos.

El teléfono empezó a sonar.

Raoul Briand tomó el auricular.

—¿Sí? —Esperó unos segundos—. Es para usted, señorita Bortzay.

—¿Quién llama?

—Un tal señor Schuman... Dice que es productor de cine, y que ya ha hablado con usted.

Eso era falso. Carlota no habló con ningún productor de cine que se llamase Schuman, pero se dijo que aquélla podía ser su oportunidad.

—Debe de ser algún entrometido, ¿verdad? —dijo Raoul—. Lo mandaré al diablo.

—No, espera. Hablaré con él...

Raoul le alargó el auricular.

—¿Sí, señor Schuman?

—¿Qué tal, señorita Bortzay? Celebro que haya accedido a hablar conmigo. Es muy importante para usted. Quiero ofrecerle un contrato.

—Disculpe, señor Schuman, pero me están esperando. Hablaré con usted después.

—No, señorita Bortzay, ha de ser ahora... No quiero que nadie me pise el negocio.

—¿A qué negocio se refiere?

—Al contrato que va a firmar conmigo.

—Tendrá que esperar, señor Schuman —insistió Carlota.

—Señorita Bortzay, quiero hablar con usted inmediatamente. Le

ofrezco el rodaje de tres películas. Por cada una de ellas cobrará medio millón de francos.

Carlota sintió un escalofrío por la espalda al oír aquella cantidad. El hombre prosiguió tras la pausa:

—No se preocupe por la fiesta. Llegará a tiempo. Yo me encargo de ello. La llevaré en mi coche. Sólo tardaremos unos minutos en llegar a un acuerdo...

—Está bien, señor Schuman, pero sólo le puedo conceder diez minutos.

—Serán bastantes. Estoy en la *suite* 134... En su misma planta... Creo que tiene un acompañante.

—Sí.

—Dígale que la espere ahí, que volverá enseguida.

—Sí, señor Schuman.

Carlota Bortzay colgó el auricular y miró a Raoul.

—¿Qué pasa, señorita Bortzay? —preguntó Raoul.

—He de salir un momento.

—No puede. Nos están esperando en la fiesta.

—Sólo serán unos minutos.

—Está bien. Iré con usted...

—No, Raoul, tú te quedarás aquí. Volveré enseguida.

—Eso sería incumplir mi obligación. Me dijeron que la acompañase a todas partes.

—Es muy importante que hable con el señor Schuman, Raoul. Concédeme sólo diez minutos...

Carlota se acercó a Raoul y le dio unas palmaditas en la cara, mientras agregaba con un gesto infantil:

—Sé que tú eres un hombre bueno, Raoul, y mi entrevista con el señor Schuman tiene que ver con mi futuro...

—¿Sabe que los organizadores tienen prohibido que las aspirantes firmen contratos?

—Sí, Raoul, ya lo sé, y por eso te decía que era muy importante para mí... Sólo se trata de una conversación preliminar.

Raoul se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—De acuerdo, pero sólo diez minutos. ¿Adónde va?

—A la *suite* 134.

—Vaya y vuelva pronto.

La joven le dio un beso en la frente y corrió hacia la puerta.

Poco después, llegaba ante la *suite* 134.

Llamó suavemente y le abrieron enseguida.

En el hueco vio a un hombre, de mediana estatura, que cubría los ojos con gafas oscuras.

—¿Señor Schuman?

—Sí. Pase.

Carlota entró.

De repente, sintió que algo surgía a su espalda. Fue a volverse, pero en ese momento le pusieron algo bajo la nariz y sobre la boca.

Tragó aire instintivamente.

Le recordó el olor de una clínica.

Aquello era éter.

Quiso gritar, pero lo que tenía sobre la boca y la nariz se lo impidió. Sólo consiguió tragar más aire impregnado del líquido letal.

Las piernas le flaquearon.

Todo empezó a darle vueltas.

Lo último que vio fue la cara de aquel hombre de gafas oscuras, que sonreía mostrando unos dientes blancos, parejos.

Luego, nada.

—Rápido, Sergio —dijo el hombre de las gafas oscuras.

El hombre que había anestesiado a Carlota, tomó a la joven en brazos y la llevó a un baúl negro que estaba abierto.

No era un baúl vulgar. Tenía un asiento en donde Sergio dejó a Carlota Bortzay.

El baúl contaba con un respiradero.

Inmediatamente, Sergio aseguró por medio de correas el cuerpo de la joven.

—¿Cierro ya? —dijo Sergio, cuando hubo terminado su trabajo.

El hombre de las gafas oscuras hizo una reverencia a la desvanecida Carlota Bortzay.

—Disculpe, *miss* Hungría, pero estará ahí por poco tiempo. La sacaremos muy pronto. Hasta entonces, reciba mis excusas.

Hizo chascar los dedos y Sergio cerró el baúl.

—Listo, vámonos —dijo el hombre de las gafas oscuras.

Raoul Briand consultó su reloj.

Ya habían transcurrido quince minutos desde que Carlota Bortzay se marchó.

En aquel momento sonó el teléfono.

Lo miró nervioso.

El timbre seguía sonando y, al fin, atrapó el auricular.

—Aquí, Briand —dijo.

—Eh, Briand, ¿qué infiernos les ocurre? —Oyó la voz de Maurice Ferniot, jefe de Relaciones Públicas—. ¿Por qué están todavía ahí? La señorita Bortzay es la única concursante que nos falta...

Raoul se mordió el labio inferior.

—Lo siento, señor Ferniot. Salimos enseguida.

—Que sea verdad o lo despido...

Briand colgó.

No podía esperar más.

Salió del apartamento y fue a la *suite* 134.

Llamó con los nudillos.

Esperó unos segundos, pero nadie le abrió.

Hizo girar el picaporte y pasó a la otra parte.

—Señorita Bortzay...

Nadie le contestó.

Rápidamente examinó las habitaciones, incluyendo el cuarto de baño.

No, allí no había nadie.

¿Dónde diablos se había metido la señorita Bortzay?

Empezó a soltar maldiciones mientras abandonaba la *suite*.

No quiso esperar la llegada del ascensor y bajó por la escalera, saltando los escalones de dos en dos.

Acercóse al registro, donde había un hombre calvo.

—Eh, oiga, ¿ha visto salir a la señorita Bortzay?

—Perdone, no me fijé. He estado atendiendo a unos huéspedes...

Pregunte al portero.

Raoul fue hacia la calle, donde estaba el portero uniformado.

—¿Vio salir a la señorita Bortzay?

—No.

—¿Está seguro?

—No salió, desde luego. ¿Cree que podría pasarme inadvertida?

Es la huésped más bonita del hotel.

Raoul escupió nuevas maldiciones para sus adentros.

Miró hacia la otra parte de la calle. Allí se ubicaba el salón

Olympia, donde se celebraba el último acto del concurso para elegir *Miss Europa*.

Era imposible que Carlota Bortzay se hubiese ido sin él. ¿No le había dicho ella que volvería en unos minutos?

¿Cómo se llamaba aquel tipo, con el que ella iba a hablar? Oh, sí, Schuman, y era un productor de cine.

Entró de nuevo en el hotel y se dirigió al mismo empleado de antes.

—¿El señor Schuman? Disculpe, pero no hay ningún señor Schuman entre nuestros huéspedes.

—Es el que ocupa la *suite* 134.

—Se equivoca.

—¿Cómo me voy a equivocar?

—La *suite* 134 está vacía desde hace una semana.

—¡Eso no puede ser...! ¡Allí está el señor Schuman! —Raoul recordó que él mismo, hacía pocos minutos, había entrado en la *suite* 134 sin que encontrase a nadie.

Se pasó una mano por la cara.

Era el responsable de la seguridad de Carlota Bortzay y, ahora, ella había desaparecido.

CAPÍTULO III

—¿Cómo explica la desaparición de Carlota Bortzay, señor Ferniot? —preguntó Claude Hardy, el periodista de «Por el ojo de la cerradura».

Maurice Ferniot apretó los dientes.

—La respuesta es muy fácil, señor Hardy. ¿No la imagina?

—Prefiero oírla de su boca.

—Está la mar de claro... Carlota Bortzay huyó con su prometido.

—¿Quién es su prometido?

—¡Qué sé yo! Es obligación suya averiguarlo, si es que interesa a sus lectores.

—Les interesará, desde luego.

—Entonces, tendrá que viajar a Budapest si quiere darles la información que usted busca.

—¿Qué dice su ficha acerca del esposo de Carlota Bortzay?

—No hay tal esposo... Usted sabe perfectamente que exigimos a nuestras concursantes que no estén casadas. A veces, hemos sido engañados, pero hace cinco años tomamos toda clase de precauciones a ese respecto. Por ello, le he hablado de un prometido y no de un esposo...

—Disculpe, señor Ferniot, pero Raoul Briand no ha hablado de un prometido. Concretamente se ha referido a un productor de cine llamado Schuman. Fue él quien habló con la señorita Bortzay por teléfono.

—No sea ingenuo, Claude. Ella y él estaban de acuerdo.

—Usted sugiere que lo de Schuman era una clave.

—No tengo ninguna duda. Esa joven, Carlota Bortzay, nos plantó cuando más la necesitábamos... Pero ha sido ella la que ha perdido. Se lo puedo asegurar.

—Eso quiere decir que Carlota Bortzay sería hoy *miss* Europa y no la italiana.

—¿Yo no he dicho eso! —gritó Maurice Ferniot.

—Está bien, señor Ferniot, no se enfade.

—Es usted quien me saca de mis casillas con sus absurdas insinuaciones.

—Es mi obligación, como periodista, hacer preguntas. Nuestros lectores tienen derecho a ser informados.

—No me hable de Carlota Bortzay y pregúnteme acerca del concurso.

—El resultado ya lo vi. Y tiene muy poco interés para mí. Es Carlota Bortzay quien me interesa.

—Pues ya no recibirá más respuestas de mí. De modo que, busque por otra parte.

—De acuerdo, señor Ferniot, buscaré por otra parte.

Claude Hardy se alejó con la copa de champaña, que sostenía en su derecha.

Se acercó a Guy Cordier, que estaba interrogando a Raoul Briand.

—¿Pasó todo como usted dice, Raoul? —decía Guy.

—Ya se lo he dicho. Es la séptima vez que lo repito. Le juro que todo lo que digo es verdad. No he inventado nada.

—Le creo, Raoul.

—Gracias, señor Cordier.

Claude intervino con una sonrisa:

—¿Crees de verdad en esa historia de aparecidos, Guy? Carlota Bortzay se fue a una *suite* donde no había nadie. Oh, perdón, quise decir donde había sido citada por un fantasma.

Raoul Briand levantó el puño derecho.

—¿Quiere que le rompa la nariz?

—Sentiría mucho que me la rompiese, amigo. Me hace falta para husmear donde hay un buen asunto.

—Entonces, no se meta conmigo.

—¿Quién se mete con usted, Briand?

—Está dando a entender que he cometido una falsedad.

—Lo interpretó mal, Briand. Lo que quise decir es que la señorita Carlota Bortzay lo engañó.

—Eso es imposible.

—¿Por qué imposible?

—Esa mujer decía la verdad.

Claude Hardy sonrió de nuevo.

—¿Qué te parece, Guy? El guardaespaldas se enamoró de la hermosa hija del Danubio.

—Ahora es cuando se la ganó —exclamó Raoul.

Fue a disparar el puño contra la cara de Claude, pero Guy lo detuvo aterrándolo por el brazo.

—Cuidado, Briand.

—¿Cree que puedo aceptar las calumnias de este tipo?

Claude bebió tranquilamente un sorbo de champaña y luego dijo:

—Aquí están los ánimos muy excitados... ¿Vienes conmigo, Guy?

—¿Adónde?

—Al hotel Continental. Soy de la opinión que una mujer no puede convertirse en invisible. Carlota Bortzay debe de estar en alguna parte.

—Qué talentudo eres.

—No me expresé bien. Quise decir que alguien debió ver cómo abandonaba el hotel.

—Entonces, será mejor que dividamos nuestras fuerzas. Yo me quedo aquí y tú te vas al hotel.

—¿Para qué te quieres quedar?

—Hablaré con las compañeras de Carlota. Quizá hizo confidencias a alguna de ellas.

—Como quieras.

Claude Hardy se encaminó al hotel Continental, donde Carlota Bortzay había estado hospedada.

El encargado del registro se llamaba Daniel Vartan.

—Lo siento, señor Hardy —le dijo—, pero no le puedo dar ninguna noticia acerca de la señorita Bortzay. Ya informé al hombre que cuidaba de ella. No la vi salir.

—Eso ha dicho el portero y, en tal caso, la señorita Bortzay, debe encontrarse en el hotel, ¿no le parece lógico?

—Es posible que esté.

—O quizá se fue sin que ustedes se apercibiesen de ello.

—Hay un encargado en la puerta trasera. Tampoco vio pasar a la

señorita Bortzay.

—¿Y si ella le hubiese pagado para que guardase silencio?

—Los empleados del hotel no aceptan esa clase de tratos.

—Entonces, pasaremos a otra pregunta. ¿Qué huéspedes abandonaron el hotel alrededor de la hora en que Carlota Bortzay desapareció?

—Sólo dos.

—¿Quiénes?

—La señora Dorothy Brook, una londinense. Vino a pasar quince días en Cannes.

—¿Algún acompañante?

—No, ninguno. La señora Brook tiene setenta años.

—¿Quién era el otro huésped que se marchó?

—Un italiano, Ernio Monelli.

—¿A qué se dedica?

—Es un industrial de Milán.

—¿Viene alguna vez por aquí?

—No, señor. Es la primera vez que lo hemos tenido como huésped.

—¿Cuándo llegó?

—Hace unos días.

—¿Solo?

—Le acompañaba su secretario, Serge Dunham.

—¿Adónde se dirigen ahora?

—El señor Monelli está haciendo un viaje de placer. Tiene un yate en el puerto.

—¿Conoce el nombre del yate?

—Sí, señor. Se lo oí casualmente al secretario. Es el yate Gioconda.

—Gracias, amigo.

Claude tomó un taxi y se hizo conducir al puerto.

Tuvo que preguntar a dos marineros el lugar donde se encontraba el Gioconda.

Saltó a cubierta del yate y un marinero apareció por la popa.

—Eh, usted, ¿qué hace aquí?

Era un tipo fuerte, de piel bronceada.

—Vine a hablar con el señor Monelli.

—¿Acerca de qué?

—Soy periodista, mi nombre es Claude Hardy.

Le mostró su carnet.

—¿Qué quiere del señor Monelli?

—Estoy haciendo una encuesta sobre los viajes de placer y he pensado que el señor Monelli podría decir mucho acerca de algunos problemas.

—El señor Monelli no lo puede recibir.

—¿Por qué no?

—Está enfermo.

—Bueno, puedo esperar un poco, no tengo mucha prisa.

—No puede esperar aquí. Empezaremos el viaje dentro de unos minutos.

—¿Adónde van?

—Ése no es asunto suyo.

—No me irá sin hablar con el señor Monelli.

—Conque es de los pesados, ¿eh...?

—Lo soy cuando tengo que realizar un trabajo profesional.

—¿Quiere que lo tire de cabeza al agua?

—No me gustaría tomar un baño. Ya lo tomé.

—Pues entonces, lárguese.

En aquel momento se oyó una voz procedente de la cabina:

—¿Qué pasa, Harold?

Claude vio a un hombre de gafas oscuras.

—Es un periodista, señor Monelli... Y se ha metido aquí sin permiso. Dijo que quería hablar con usted. Se llama Claude Hardy.

El señor Monelli sonrió mostrando unos blancos dientes.

—Perdone a Harold, señor Hardy. A veces resulta demasiado brusco.

—Sí, eso parece.

—¿Quiere acompañarme a tomar una copa, señor Hardy?

—Con mucho gusto.

Claude siguió a Monelli hasta un camarote lujosamente acondicionado.

—Siéntese, por favor —dijo Monelli.

Claude ocupó un sillón de cuero.

—¿Whisky? —preguntó Monelli, dirigiéndose a un mueble-bar.

—Sin hielo, por favor —contestó el periodista—. Tampoco soda.

Monelli le preparó la ración de whisky. También se escanció para

sí y a su vaso agregó un par de cubitos de hielo.

Después de beber un trago, Monelli dijo:

—Estoy a su disposición, señor Hardy.

—¿Dónde está Carlota Bortzay?

Hubo un silencio.

—¿Qué nombre ha dicho? —rezongó Monelli.

—Carlota Bortzay —repitió nuevamente Claude.

—No sé quién es.

—*Miss Hungría...* Debía participar esta noche en la prueba final para la elección de *Miss Europa...*

—Debo decirle que esa clase de concursos no me interesa.

—Quizá no le interese el concurso, pero le ha interesado una de sus concursantes.

—¿Qué le hace pensar tal cosa, señor Hardy?

—Tengo la sospecha de que usted ha secuestrado a Carlota Bortzay.

—¿De dónde saca eso...?

—De mi cabeza, señor Monelli.

—De su cabeza, ¿eh? Debe tener mucha fiebre.

—Oh, no, recuerde que era usted el enfermo...

El hombre de las gafas oscuras esbozó una sonrisa.

—Harold sólo quiso cubrirme para que usted no me molestase. Pero me encuentro perfectamente.

—Lo celebro. Así podremos discutir...

—¿Acerca de Carlota Bortzay?

—Sí, señor Monelli. No puedo tener otro tema de conversación.

—Es usted una persona que se obsesiona con suma facilidad, señor Hardy.

—Es posible, señor Monelli...

—¿No cree que es un defecto profesional?

—No, no lo es. Gracias a mis ideas obsesivas, he hecho una brillante carrera.

—¿Qué edad tiene, señor Hardy?

—Veintiséis años.

—Ya poco podrá hacer en el periodismo.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro —dijo Monelli.

Sacó una pistola con la zurda e hizo un disparo.

El periodista, Claude Hardy, recibió el impacto en el centro del pecho. Puso una cara de asombro.

El hombre de las gafas oscuras continuaba sonriendo.

—¿Lo ve usted, señor Hardy? Ya se lo dije. Hizo una corta carrera.

Apretó el gatillo otra vez.

El proyectil se hundió muy cerca del primero.

Claude abrió la mano y el vaso, con el *whisky*, cayó en la alfombra.

Luego, Claude hundió la barbilla en el pecho.

Serge apareció por la puerta.

También él tenía una pistola en la mano.

Vio al hombre del sillón y dijo:

—¿Quién era, señor Monelli?

—Un estúpido entrometido.

—¿Sabía que nosotros teníamos a Carlota Bortzay?

—Sí.

—¿Y cómo se pudo informar?

—Era un tipo peligroso. Se dejaba llevar por sus corazonadas y esta vez acertó.

—¿Y si ha avisado a alguien?

—No. No creo que haya avisado a nadie. Era un cazador solitario. Se creía muy listo... Pero ya no molestará más.

—¿Qué hago con él?

—Viajará con nosotros unas cuantas millas, luego, al agua con él.

—Sí, señor Monelli.

—Da la orden de partida. Ya perdimos bastante tiempo.

CAPÍTULO IV

Guy Cordier observó el cadáver.

Claude Hardy estaba desnudo y su aspecto era feo, debido al tiempo que había pasado en el agua.

Las dos heridas del pecho habían dejado de sangrar y tenían un color violáceo.

El comisario de la policía judicial, Charles Moreau se echó el sombrero sobre la nuca.

También él había dirigido una mirada a Claude Hardy, aunque no mostró el menor interés en sus ojos.

Guy se retiró y el empleado de la Morgue empujó el cajón, que se metió en el hueco produciendo un chasquido metálico.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo mataron, comisario? —preguntó Cordier.

—Unas catorce horas.

Guy hizo un cálculo mental del tiempo transcurrido, desde que vio por última vez a Claude, en la fiesta donde se había elegido a *Miss Europa*.

Ahora eran las tres de la tarde. Así pues, Claude debió morir asesinado, un par de horas después que se separó de él.

—Señor Cordier —dijo el comisario—, según parece, usted fue una de las últimas personas que habló con Claude Hardy.

—Sí, creo que sí.

—¿Le habló él de algún peligro inminente?

—No, señor Moreau.

—¿Notó que estaba nervioso?

—En absoluto, comisario. Claude estaba muy normal.

—¿Quizá bebió con exceso?

—No. No me dio esa sensación.

El comisario Moreau hizo una señal hacia la puerta.

Los dos hombres salieron a un patio donde crecían algunos árboles.

El comisario respiró profundamente y dijo:

—¿Sabe que, cuando me enviaron a Cannes, estuve a punto de renunciar...? Me había acostumbrado a París. Quería acabar mi vida en la capital. He vivido veinticinco años en la calle de Muffetard...

—Comisario —lo interrumpió Guy—. Claude Hardy quiso investigar la desaparición de Carlota Bortzay.

Moreau se tironeó del lóbulo de una oreja.

—Ya estoy informado de eso.

—¿Sabe algo de ella?

—No, pero no creo que exista ninguna relación entre los dos asuntos.

—¿Por qué no, comisario?

—Son dos cosas distintas.

—Demuéstrelo.

El comisario echó a andar y Guy fue a su lado.

—Ésa húngara, Carlota Bortzay, se fugó con un hombre...

—¿En el momento en que podía haber sido elegida *Miss Europa*?

—Precisamente por eso... —el comisario dirigió una mirada a Guy—. Ha ocurrido muchas veces en los concursos de belleza y seguirá ocurriendo. La chica mona se presenta al torneo sin el consentimiento de su prometido. Cuando ellas llegan un poco lejos, es cuando surgen los problemas. El hombre no quiere que la mujer de sus sueños sea demasiado admirada. El hombre supone que su chica tendrá que hacer ciertas cosas no muy morales. No olvida que se habrá de exhibir en bañador... Y hasta puede imaginar escenas peores. Usted ya me entiende...

—Sí, comisario, lo entiendo.

—Pues ahí lo tiene... La chica termina por convencerse de que, a ella, lo que le importa es su novio... Y ella se pone nerviosa, recapacita y muchas veces triunfa el amor.

—Debería ponerle música a eso, comisario.

—Soy muy duro de oído. Me perdonará que no lo haga.

Se detuvieron ante el coche de la policía.

—Pero hay otra cosa más importante, señor Cordier.

—Diga.

—La clase de hombre que era su colega.

—Sé a lo que se refiere... A los enemigos que Claude se pudo ganar durante los últimos años.

—Sí, eso es... Por lo que he podido deducir, deben contarse por docenas, quizá por centenares. Claude Hardy hacía una clase de periodismo muy peligroso... Cualquiera de sus enemigos ha debido matarlo —el comisario dio un suspiro—. Tendré que realizar una larga investigación, pero daremos con el asesino... ¿Quiere que lo deje en algún sitio, Cordier?

—No se moleste. Gracias por todo.

—Soy yo quien se las da por su colaboración. El comisario Moreau se metió en el coche.

Hizo una señal al chófer.

Guy se quedó de pie, viendo cómo el auto negro salía por el portón.

Había dejado su coche fuera, un «Florida», y se puso en camino hacia él.

Ya ante el volante, se quedó pensativo.

¿Tendría razón el comisario, y Claude había sido muerto por cualquier persona que sintiese odio por él?

¿O su muerte estaba relacionada con la desaparición de Carlota Bortzay?

El director del semanario *Paris-Dimanche*, Fernand Rouanet, vio entrar en su despacho a Guy Cordier.

—¿Ya tienes ese reportaje?

—No.

—¿Cómo qué no?

—No lo hice.

Fernand Rouanet arrugó la nariz.

—¿Qué te pasa desde que llegaste de Cannes, Guy? ¿Es que ya no quieres seguir trabajando como periodista?

—No digas tonterías, Fernand.

—¿De qué se trata entonces?

—De la desaparición de Carlota Bortzay.

—¿Otra vez con eso? Todo el mundo le dio una solución. La chica se fugó con alguien.

—Encontré algo investigando los archivos.

—¿Qué cosa?

—La desaparición de otras mujeres.

—Oye, muchacho, ¿de verdad estás bien de la cabeza? —Claro que desaparecieron otras mujeres, además de Carlota Bortzay. Todos los días desaparecen por docenas. Anda, pregunta a la policía de París y te dirán que, diariamente, se esfuman un montón de parisinas. Lo que le pasó a Carlota Bortzay, en Cannes, no tiene importancia, desde un punto de vista sensacionalista. Bueno, admito que ha sido noticia durante un día o dos. Ya le dimos bastante espacio en el número que salió ayer Una página y media. También le dedicaremos un recuadro en el próximo número... Pero no quieras convertir eso en la noticia del mes o del año... Si insistiésemos en ocuparnos de Carlota Bortzay en el próximo número, tendríamos que comernos la mitad de la edición. ¿Es que no lo sabes...? Nuestro semanario tiene que estar de acuerdo con la más rigurosa actualidad y, la semana próxima, la desaparición de Carlota Bortzay pertenecerá al más viejo pasado. Ten en cuenta que luchamos contra los diarios, y ellos pueden dar mayor información que nosotros. Anda, dime: ¿cuántas hojas ha dedicado *France-Martin* a ese asunto...? Yo te lo diré. Anteayer tres páginas, ayer dos, hoy otras, dos. Cuando vaya a salir nuestro próximo número, el mundo sabrá todo lo que se refiere a Carlota Bortzay.

—Pero nadie sabrá su paradero.

—¿Crees que a alguien le importa eso?

—Podría importar si Carlota Bortzay no se hubiese fugado, realmente, con su hipotético prometido.

Fernand Rouanet se quedó unos minutos en suspenso, sin apartar la mirada de la cara de su subordinado.

—Está bien, desembucha. ¿Qué es lo que encontraste en el archivo?

Guy sacó del sobre una fotografía, que echó sobre la mesa, ante los ojos de Rouanet.

Rouanet vio a una joven con bikini. Era muy hermosa, de cuerpo proporcionado.

—¿Quién es?

—Betty Carey, dieciocho años, natural de Londres. Desapareció hace un año, tres días antes de que tomase parte en un concurso de belleza. Era taquimecanógrafa y se había presentado para el título

de la Secretaria del Año. Era Betty Carey quien tenía más posibilidades de lograrlo...

—¿Con quién huyó?

—Tampoco se supo.

Guy arrojó una segunda fotografía sobre la mesa.

Rouanet vio otra mujer, tan atractiva como la anterior. Guy declaró:

—Virna Locatelli, de Nápoles, diecisiete años. Desapareció hace nueve meses. Había trabajado en el teatro en compañía de aficionados. Decidió presentarse a un concurso de belleza patrocinado por un diario de Roma. Pasó pruebas provinciales y, finalmente, se dirigió a Roma para tomar parte en la final.

—¿Y qué?

—Virna Locatelli nunca llegó a Roma, pero tampoco fue vista en Nápoles. Desapareció durante el viaje.

—Decidió cambiar de opinión y bajó en cualquier estación intermedia.

—Sí, eso es lo que dijeron, pero yo no lo creo.

Guy agregó otra fotografía.

—Carmen Vargas, nacida en Ronda, España... Quería ser una gran bailarina, de talla internacional. Se presentó a un concurso de belleza en Málaga... Ella y otras concursantes fueron invitadas a Torremolinos. Carmen Vargas desapareció, un atardecer, hace cuatro meses. Supuestamente estaba en la playa.

—Quizá tomó un baño y se ahogó.

—Su cuerpo nunca fue encontrado.

—Ya sabes que hay corrientes...

—¿También hubo corriente para Betty Corey, o Virna Locatelli?

—Son casos distintos.

—No, director. Me he pasado unos días investigando en el archivo. Acabo de exponer tres casos que guardan estrecha relación con lo de la húngara Carlota Bortzay. No son distintos, yo diría lo contrario, son casos análogos...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Todavía no lo sé.

—Muy bien, gran hombre. Voy a admitir que esas chicas no desaparecieron con el hipotético hombre de sus sueños.

—Vaya, eso ya es algo.

—No te envalentones. Todavía no terminé...

—Muy bien, acaba.

—Estas hermosas jóvenes fueron atraídas por algún *gang*.

—¿Te refieres a un *gang* especializado en la trata de blancas?

—Sí.

—Y dices que fueron atraídas.

—Admitiré que quizá fueron raptadas.

—Observa las fechas. Todas las desapariciones han ocurrido en los últimos doce meses.

—¿Es que no hubo antes ningún otro rapto de mujer, relacionado con un concurso de belleza?

—Sí, hubo uno.

—¿Cuándo?

—Hace dieciséis meses desapareció en Lyon la señorita Evelyn Averty... Pero fue encontrada dos meses después en París. Se había casado con su antiguo novio, un agente de seguros.

—¡Lo mismo habrán hecho las otras...! ¡Lo único que pasa es que todavía no hemos sabido nada de ellas!

—Pero ¿por qué ha aparecido Evelyn Averty y no han aparecido las otras?

—Por la sencilla razón de que a los esposos no les gusta cierta clase de publicidad.

—Yo digo que el caso de Evelyn Averty es distinto al de las otras muchachas.

—Pruébalo.

Guy recogió las fotografías y las volvió a meter en el sobre.

—No, Fernand, no tengo ninguna prueba.

—Entonces, estamos como al principio.

—Quizá te traiga las pruebas pronto.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablaré con un amigo de la Interpol, es el inspector Jacques Girardot.

—Oye, muchacho, trabajas para mi semanario y te necesito... Termina pronto con eso. Prométeme una cosa, si ese inspector no te da ninguna pista, olvidarás el asunto.

—De acuerdo —aceptó Guy de mala gana, y salió de la oficina de su jefe.

CAPÍTULO V

El inspector Girardot observó las fotografías que estaban sobre su mesa.

Eran las mismas que Guy Cordier había mostrado a su jefe.

—Unas mujeres muy hermosas —opinó.

—¿Sólo tienes que decir eso, inspector?

Girardot levantó los ojos de las fotografías para fijarlos en su visitante.

El inspector tenía facciones alargadas, bigote recortado, ojos muy negros.

—Ninguno de estos casos fue denunciado a la Interpol. La policía de los países respectivos no solicitó nuestra ayuda. Te daré una explicación de por qué, Guy...

—Se supuso que las muchachas habían desaparecido por propia voluntad.

—Eso es. Naturalmente, se debió proceder a una investigación preliminar, y al no dar resultado, el caso se archivó.

—Ahora tú tienes los casos unidos.

—Sólo los has unido tú, porque tienen interés periodístico.

—Es algo más que eso, inspector.

—Desembucha.

—En todos los casos se trata de mujeres que, debido a su gran belleza, eran las candidatas al premio que optaban... Eran las más atractivas.

El inspector se echó en el respaldo del sillón.

Sacó una pitillera de plata.

—¿Un cigarrillo?

Los dos prendieron fuego con la llama de un encendedor de gas.

—Guy —dijo el inspector—, estamos librando una gran batalla

con los tipos de la trata de blancas... De un momento a otro atraparemos al más importante de ellos, en la cuenca del Mediterráneo.

—¿Quién es?

—Un armenio llamado Karajam... Nos ha burlado durante tres años. A veces le hemos dado alguna tarascada, pero siempre se ha tratado de algún intermediario. Karajam es un tipo listo y sabe cómo mantenerse lejos de nosotros... Sin embargo, tengo fundadas esperanzas de que, en el plazo de unos días, Karajam entonará su canto del cisne...

—Entiendo. Tú crees que alguna de las chicas de los concursos de belleza fue a parar a manos de Karajam.

—Estaría dispuesto a jurarlo.

—¿Y dónde están ellas ahora?

El inspector se puso en pie y acercóse a la pared, donde había un gran mapa del mundo.

—Es muy problemático. Karajam se abastece de materia prima en los países ribereños del Mediterráneo... Pero coloca su mercancía en todo el globo terráqueo. No lo hace personalmente, sino por medio de alguna red secundaria... Esas muchachas, por las que te interesas, pueden encontrarse en estos momentos en los sitios más insospechados del planeta. Los clientes de Karajam controlan burdeles de lujo instalados en las más importantes ciudades... Virna Locatelli puede estar en

Hong-Kong,

en Sidney, o en San Francisco... Betty Carey puede encontrarse en Ankara, o en cualquier lugar del desierto formando parte del harén de un príncipe, ¿o por qué no en México, o en Buenos Aires...? Carmen Vargas puede estar en Montreal, en Río de Janeiro, o en Miami... Te puedo asegurar una cosa, Guy. Cuando encerremos a Karajam, habremos terminado con más del cincuenta por ciento de los tratantes de blancas.

—¿Qué os falta para detenerlo?

—Que caiga en la trampa.

—¿Qué trampa?

—No puedo decirla...

—De acuerdo, no me la digas. Pero ¿cuándo saltará?

—Cualquier día de esta semana.

Guy dio por terminada su visita al inspector Girardot.

Una hora más tarde, se encontraba de nuevo en su oficina del semanario.

Fernand Rouanet lo encontró con las piernas extendidas sobre la mesa.

—¿Qué te dijo el inspector, Guy?

—Tiene una opinión muy parecida a la tuya. Cree que las chicas fueron secuestradas por los tratantes de blancas.

—Eso te habrá hecho descansar.

—Hay un pez gordo, al que la Interpol espera pescar en sus redes.

—¿Quién es?

—Un tal Karajam... Según Girardot, es la cabeza del dragón que más fuego echa por la boca.

Rouanet tenía un diario en la mano.

Lo levantó y buscó una noticia.

—Sí, aquí está...

—¿Qué pasa?

—Oye esto:

«Antranik Karajam, el gran hombre de negocios, naviero, fabricante de acero, llega a París hoy. El objeto de su viaje es comprar una cuadra de caballos de carreras. Tiene el propósito de cerrar el trato inmediatamente. El vendedor es el conde de la Rochelle. Se habla de que el precio de venta asciende a seis millones de francos. El señor Karajam celebrará una conferencia de Prensa en el hotel donde se hospeda».

—Vaya —sonrió Guy—, parece que el señor Karajam quiere que abrillanten el escudo familiar.

—Ya sabes dónde tienes que ir.

Guy puso los pies en el suelo.

—No me perdería esa conferencia de Prensa por nada del mundo —contestó el joven echando a andar hacia la puerta.

—Espera un momento, Guy.

—¿Sí, jefe?

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

—No des un paso en falso. ¿Sabes lo que podría significar? Ese Karajam nos demandaría por difamación. Con eso quiero decirte que cualquier noticia que demos, respecto a él, ha de ser probada.

—Descuida, jefe.

Eran las cuatro y media cuando Guy Cordier entró en el hotel donde se alojaba Antranik Karajam.

Se dio a conocer en el registro y el empleado le informó que el señor Karajam tenía anunciada su conferencia de prensa en el salón azul.

Era todavía pronto, de modo que Guy se fue al bar.

Tomó posesión de un taburete y pidió un martini.

De pronto le llegó una voz a la derecha.

Era una mujer:

—Suéltame, Fritzt.

—Me prometiste que renunciarías —respondió una voz de hombre.

—Lo he pensado mejor y no renunciaré.

Guy se volvió ligeramente.

Una pareja de jóvenes discutía.

Ella, la muchacha, era sensacionalmente bella, poseía una figura maravillosa y su cabello era rubio platino.

El hombre era muy alto, de tez bronceada.

—Vas a venir conmigo ahora mismo, Ilona.

—No puedo. He de volver con el señor Karajam.

—Tú no vuelves con él.

—¿Estás loco, Fritzt? No tienes ningún derecho sobre mí.

—Yo te voy a demostrar que tengo derecho... Te sacaré de aquí, aunque sea por la fuerza.

—Me estás haciendo daño. Guy se creyó obligado a intervenir.

Saltó del taburete, con su martini en la mano, y se acercó a la pareja.

—Es feo obligar a una mujer a hacer algo que no quiere.

El llamado Fritzt volvió la cabeza con una ligereza de un áspid.

—¿Quién es usted?

—Un testigo de su incorrecta forma de comportarse.

—¿De qué infiernos habla?

—La señorita le ha pedido que le suelte la mano.

La bella rubia platino estaba mirando a Guy con las cejas enarcadas y los labios entreabiertos. Así resultaba todavía más atractiva.

—Lárguese, entrometido —exclamó Fritzt.

—Me temo que la señorita no quiere que me largue.

—Desde luego que no —habló Ilona por primera vez. Fritzt hizo un gesto de rabia.

—Si no se aparta, lo voy a hacer yo. ¿Lo oyó, estúpido?

Guy sacudió la cabeza mientras chascaba la lengua.

—Es lo que yo me temía, Fritzt. Tiene muy malos modales. Y eso, a su edad, resulta difícil de corregir. Pero existe un medio de que empiece a rectificar... No hay nada como unos azotes.

Fritzt dejó libre a Ilona.

Respiró profundamente y levantó los puños.

—Lo voy a tumbar, entrometido.

Diciendo esto lanzó el puño derecho.

Guy hizo un quiebro con el cuerpo.

Ni siquiera derramó una gota de su martini.

Sin embargo, Fritzt cayó al suelo.

Guy le sonrió.

—Ha puesto demasiado ímpetu en su golpe, Fritzt.

Fritzt se levantó frotándose las manos en las perneras.

En sus ojos brillaba la furia.

—¡Le voy a hacer tragar el vaso!

—Sólo me gusta la aceituna —dijo Guy, atrapando el mondadientes, en el que estaba ensartada la de su martini.

—Se va a comer también el resto.

—Le recomiendo más cuidado que antes. Ahora está en muy mala posición para caer.

Fritzt soltó la zurda.

Guy lo burló nuevamente.

Fritzt cayó de nuevo pero esta vez encontró en su camino la barra. Habría estrellado la nariz de no volver la cara, pero se dio un buen golpe en el cuello y en la mejilla.

Otra vez se derrumbó mientras soltaba una maldición.

Guy bebió un trago de su martini.

—¿Se hizo daño, Fritz?

—¡Sí, maldita sea! ¡Me lo hice!

—Ya le dije que debía tener más cuidado. Acepte Siempre el consejo de los mayores.

—Lo voy a matar.

Ilona intervino, poniéndose entre los dos hombres.

—Fritz, te estás comportando como un niño. Te debiste conformar con la lección que te dio este caballero.

—Guy Cordier —dijo el periodista, inclinando la cabeza.

Fritz hizo rechinar los dientes. Fue a decir algo, pero, finalmente, cerró la boca y echó a andar, alejándose del bar.

La rubia platino dio un suspiro cuando Fritz hubo salido del salón.

—Gracias por intervenir.

—Siempre me gustó ser un caballero de la corte del rey Arturo.

—Fritz perdió el control de sus nervios.

—Es lógico que los perdiese —dijo Guy—, si antes perdió la cabeza por usted.

—Fritz se quiere casar conmigo.

—Y usted prefiere ser una empleada de Antranik Karajam.

—Soy su secretaria, Ilona Klaussen.

—¿Sólo tiene una?

—Dos...

—Usted es húngara.

—Sí.

—Como Carlota Bortzay.

Guy estaba mirando atentamente el rostro de la joven, pero ella no hizo ningún gesto especial.

—¿Alguna amiga suya, señor Cordier?

—¿De verdad no la conoce?

—¿La debo conocer?

—Era una compatriota suya que aspiró hace algunos días al título de *Miss Europa*.

—Oh, sí, la recuerdo. Desapareció.

—Así es.

—Señor Cordier, yo salí, de Budapest a los ocho años. He pasado gran parte de mi vida en Francia. Me considero tan francesa como usted.

—Eso es magnífico.

—Ahora, debe perdonarme.

—¿Tiene prisa?

—Sí. El señor Karajam celebra una conferencia de prensa y yo debo estar presente...

La joven le obsequió con una sonrisa y se marchó Guy la siguió con la mirada.

Ilona poseía unas caderas espléndidamente proporcionadas.

Terminó de beber su martini y fue al salón azul.

Un hombre, de cara desagradable, exigía las credenciales a cada periodista.

Guy mostró su carnet.

—No puede entrar —dijo el tipo.

—¿Quizá no sabe leer? Aquí dice que soy periodista.

—Del *Paris-Dimanche*.

—¿Qué tiene contra el *Paris-Dimanche*?

—Es un semanario que sólo se ocupa de los escándalos.

—No, amigo, se equivoca. Sólo nos ocupamos de las noticias que tienen interés para el público.

—Difamando a la gente...

—Es usted un tipo muy mal pensado, señor...

—Rex Winning.

—Señor Winning, vine aquí a cumplir con mi deber. Pero si usted cree que no debo estar presente en la conferencia de prensa de su jefe, tendrá que atenerse a las consecuencias.

—¿Me amenaza?

—No, simplemente me pregunto si el señor Karajam tiene algo que esconder.

Los ojos de Winning destellaron intensamente.

—El señor Karajam no tiene que esconder nada. Puede pasar, señor Cordier.

—Muy amable por su parte.

Guy saludó a algunos colegas.

El hombre llamado Rex Winning hizo chascar los dedos imponiendo silencio.

—Tengo el gusto de presentarles al señor Antranik Karajam.

Karajam era un hombre alto, fornido, de rostro que parecía tallado en piedra, ojos de un color verdoso.

Echó a andar, por el centro de la estancia, con paso firme.

Detrás de él caminaban dos hermosas jóvenes. Una de ellas era Ilona, y la otra una pelirroja, igualmente bella.

El señor Karajam se preparó para la conferencia.

Sentóse en un sillón y dijo a los periodistas que también podían sentarse.

Luego, hizo chascar los dedos y Rex Winning le entregó un largo cigarro.

—Bueno —dijo Karajam después de encender—, pueden empezar cuando gusten.

La primera pregunta fue hecha por un colega de Guy Cordier, que trabajaba para un diario de gran tirada.

—¿Cuál es la razón de que quiera comprar una cuadra de caballos de carreras, señor Karajam?

—De pequeño utilicé un asno para vender huevos y yo miraba, con envidia, a los hombres que pasaban a caballo por mi lado.

La respuesta de Karajam fue celebrada con risas.

—¿Cuánto tonelaje tiene su flota? —preguntó otro periodista.

—Tres o cuatro millones, no lo sé. Esta mañana di orden a mi agente de Panamá que comprase media docena de barcos, pero todavía ignoro su peso.

Estallaron nuevas risas.

La conferencia se fue animando.

Las preguntas empezaron a salir rápidas por boca de los muchachos de la Prensa.

Durante veinte minutos, Karajam contestó con ironía, festivamente.

Guy se había quedado detrás de sus compañeros. Ilona todavía no le había descubierto.

Karajam hizo una señal a Rex Winning y éste dio un paso hacia adelante.

—Caballeros, el señor Karajam tiene que dar por terminada esta conferencia de Prensa. Sólo hay tiempo para una última pregunta.

Guy Cordier dejó oír su voz, que sonó como un latigazo.

—Señor Karajam, ¿qué opina usted de la trata de blancas?

CAPÍTULO VI

Se había hecho un pesado silencio.

Muchas cabezas se habían vuelto hacia Guy Cordier. Rex Winning le estaba fulminando con la mirada. Pero quizá, la persona más sorprendida del auditorio era Ilona.

Karajam estaba mordisqueando su habano.

Después de soltar una bocanada de humo, sonrió.

—Por favor, ¿quién ha hecho la última pregunta?

Guy Cordier se abrió paso entre sus compañeros. Rex Winning intervino:

—Es Guy Cordier, periodista de un semanario, dedicado a inventar fábulas.

—Cuidado, señor Winning —le sonrió Guy—. Yo podría demandarlo por difamación.

Karajam interrumpió, con un gesto, lo que Winning iba a contestar al periodista.

—Rex, ¿qué te pasa?

—Es culpa de Cordier... No quise dejarle entrar. Pero él se valió de una amenaza.

—Estás nervioso, Rex, y no sabes lo que dices.

Karajam miró la cara de Guy.

—Me ha preguntado usted qué me parece la trata de blancas. Yo le daré una respuesta.

—Debe ser muy interesante.

—Es el negocio más sucio y más ruin que pueda realizar un ser humano... ¿Sabe lo que le digo, señor Cordier? Si yo tuviese a mi alcance a uno de esos tratantes le reventaría la cabeza como si fuese una nuez.

—Sus sentimientos humanitarios me sorprenden, señor Karajam.

—¿Por qué?

—Corren rumores de que en sus barcos se ha hecho trata de blancas.

—Eso es una calumnia, señor Cordier... Tengo dadas órdenes concretas con respecto al cargamento de mis buques... Como es natural, quizá en alguna ocasión un pasajero ha podido aprovecharse de la buena fe de la oficialidad de a bordo. Pero entienda bien, señor Cordier, jamás mis hombres se han prestado a realizar un negocio fuera de la ley... ¡Yo jamás lo consentiría! ¿Lo entiende, señor Cordier...?

—Sí, señor Karajam. Lo entiendo perfectamente.

Karajam se puso en pie y sonrió a los periodistas, que hacían un círculo a su alrededor.

—Caballeros, ha sido un gran honor para mí poder charlar con ustedes. Tengo un gran respeto por la Prensa. Creo que ustedes realizan una de las misiones de la que puede estar más orgulloso un hombre. Un día de éstos voy a comprar un periódico. ¿Saben por qué? Para poder escribir.

Las palabras de Karajam arrancaron carcajadas de los presentes.

Poco después, Karajam echó a andar seguido de su séquito, sus dos secretarías y Rex Winning.

Marcel Le Gendre, que trabajaba en un diario de la tarde, se acercó a Cordier.

—Me pusiste la carne de gallina, Guy. ¿Por qué le preguntaste eso?

—Mi maestro me enseñó que debo hacer preguntas para saber.

—Dice que va a comprar un periódico. No me extrañaría que fuese el *Paris-Dimanche* para ponerte de patitas en la calle.

—No estaría mal. Eso significaría que yo valgo muchos millones. Fueron saliendo del salón azul.

De pronto, Guy se encontró con Ilona.

—Quiero hablar con usted —dijo la hermosa secretaria de Karajam.

—Encantado. ¿Me acepta una copa?

—Desde luego.

Fueron al bar y entonces ella dijo:

—Me ha tomado el pelo.

—¿Por qué dice eso?

—No me dijo que fuese periodista.

—Usted no me lo preguntó.

—Después de todo, es usted como Fritz.

—¿Usted cree?

—Desconfía también del señor Karajam, lo mismo que Fritz. Sépalo de una vez. El señor Karajam es una de las personas más buenas que he conocido... Mensualmente reparte más de tres mil francos en obras de caridad.

—No dijo lo que iba a tomar.

—Un *whisky*.

Guy dijo al camarero que sirviese dos *whiskys*.

—¿Es que no me oyó, señor Cordier? —dijo Ilona pegando una patadita en el suelo.

—Oh, sí, claro que la oí. El señor Karajam es una bellísima persona. Un ángel en la tierra.

—No se burle... Desprecio el cinismo en las personas.

—¿Se ha preguntado si el señor Karajam es, en verdad, un cínico?

—Qué tontería.

—Ni siquiera ha cruzado por su mente semejante posibilidad, ¿verdad, Ilona?

—Claro que no. ¿Por qué iba a pensar tal cosa del señor Karajam, cuando todo lo que él hace es perfecto...?

—¿Nunca le ha extrañado tanta perfección?

—¿Qué quiere dar usted a entender?

—Que quizá el señor Karajam se cubre con una máscara. Que todo lo suyo es pura fachada. Que realiza esas obras de caridad porque forma parte de su tinglado comercial.

El mozo había dejado los *whiskys* en el mostrador.

Guy tomó uno de los vasos.

—Su *whisky*, Ilona.

—Ya no lo quiero tomar. Y le haré un ruego, señor Cordier. Olvídese de que existo.

La joven dio media vuelta y se alejó de Guy.

Cordier dio un suspiro y vio que el mozo le estaba mirando con la boca abierta.

—Creo que me hacen falta dos *whiskys* —dijo Guy.

Vació primero el vaso que le iba a dar a Ilona y luego el suyo.

Guy abandonó el hotel y se dirigió hacia el estacionamiento donde había dejado su coche.

Entre su vehículo y un «Tiburón» blanco había un individuo que estaba agachado, atándose los cordones del zapato.

Guy pasó por su lado.

De pronto, el tipo le atrapó por un tobillo.

Guy perdió el equilibrio porque el sujeto le tiró de la pierna.

Se derrumbó bajo la impresión de que su cuerpo había entrado en contacto con un cable de alta tensión.

Alzó los ojos y vio a su agresor de pie, sonriendo. Era de cara ancha y cejas espesas.

—Hola, pajarito.

—No me llamo pajarito —respondió Guy.

—¿No?

—Parece mentira que no me conozcas. Soy Simón Templar el Santo.

—No me diga...

—¿Es que no viste el color de mis ojos?

—Usted no es el Santo... Usted es Guy Cordier, uno de esos asquerosos periodistas, pero usted me puede probar, enseguida, que me equivoco. Trate de burlar esta patada en la boca.

El fulano disparó el pie derecho.

Guy rodó por el suelo y el tipo pegó el puntapié al «Tiburón» blanco.

Con aquel diálogo, Guy había querido ganar tiempo. Si su agresor le hubiese golpeado después del calambrazo, le habría dejado fuera de combate.

El matón dio un chillido, porque, indudablemente, se había hecho daño en el pie.

Guy aprovechó aquel segundo para levantarse.

—¿Estás convencido, compañero? Soy el Santo.

Su rival hizo una mueca feroz.

Le miró por encima de la cabeza.

—No le veo el circulito arriba de la cabeza.

—Es que ya empezó la película y el circulito sale en los primeros metros —dijo Guy, y le tiró la zurda.

Le pilló en plena región hepática.

El sujeto retrocedió, mientras su cara adquiría un color muy feo.

Por un momento pareció que sus ojos iban a caer de las órbitas.

Abrió la boca para respirar.

Guy se la cerró con un terrible gancho.

El sujeto voló por encima del «Tiburón» y se estrelló en la otra parte.

Guy dió la vuelta por la proa y se detuvo, migándose los nudillos despellejados.

Su antagonista se movía débilmente.

—Arriba, muchacho.

Le atrapó por el cuello de la camisa y dio un tirón fuerte de él.

La cabeza del fulano golpeó contra el coche y eso le arrancó un gemido.

—Váyase al infierno.

Guy le abofeteó la cara con fuerza.

—Tu nombre —repitió.

—Marcelo Rissi.

—¿Para quién trabajas, Marcelo?

—Para nadie.

Guy le abofeteó otra vez.

—Para Rex Winning.

—Claro, y Rex Winning trabaja para Karajam.

—No sé quién es Karajam.

—¿Qué te dijo Winning?

—Que debería darle un escarmiento.

—¿Por qué?

—Usted le molestó, le tomó el pelo.

—Quiero que le des a Winning un encargo especial.

—Lo haré con mucho gusto.

—Dile que no me vuelva a mandar matones como tú. Despachos en cada merienda.

Guy le obsequió con la derecha.

Ahora el fulano saltó en sentido inverso, hacia el lado del «Tiburón» de donde había emprendido el primer vuelo.

Guy dio también la vuelta al coche.

El tipo era duro. Todavía no había perdido el conocimiento.

Lo atrapó de nuevo por el cuello de la camisa y en ese momento se oyó una voz.

—Déjalo quieto, Guy.

Era el inspector de la Interpol, Jacques Girardot.

—Hola, inspector —dijo Guy—. Llegas a tiempo. Aquí tienes a un gusano.

—¿Qué pasó?

—Se llama Marcelo y quería romperme el cráneo.

—¿Por qué?

—Está al servicio de Rex Winning y Winning le menea el rabo a Karajam.

Marcelo ya podía hablar, después de la paliza recibida.

—¿Es usted de la policía?

—Sí —contestó Girardot.

—Detenga a este hombre. Me ha empezado a pegar sin motivo, como si estuviese loco. Yo venía tranquilamente por mi coche y, de pronto, él se puso a golpearme.

Guy fue a pegarle otra vez, pero Girardot interpuso el brazo.

—Ya basta, Guy. Déjale que se marche.

—Estoy seguro de que este muchacho te podrá contar muchas cosas.

—No me interesan...

—Pero ya te he dicho que él fue quien vino a por mí...

—Suéltalo. Es una orden.

Guy dejó libre a Marcelo, de mala gana.

—Está bien, inspector. Tú ganas.

Marcelo sacudió la cabeza.

—Gracias, poli.

—No hay de qué. Vete de aquí.

—Sí. Ahora mismo me voy.

Marcelo se metió en el «Tiburón» blanco y, en pocos segundos salió disparado de allí.

Guy, viendo cómo se alejaba, comentó:

—Debiste llegar un poco más tarde, Jacques. Estaba a punto de sacarle la historia de su vida. Estoy seguro que algunos de sus episodios habrían sido buenos.

—Marcelo Risso sólo es un guardaespaldas de Winning. No tenía nada que decir con respecto a lo que nosotros buscamos. Por otra parte, podrías haber echado a perder mi investigación.

—Yo también estoy haciendo una investigación.

—Te he dicho muchas veces que no me gustan tus

procedimientos.

—Lo siento, inspector. Pero yo no soy poli.

—Te cubriste de gloria en esa conferencia de Prensa al preguntarle a Karajam por la trata de blancas.

—Me gusta desenmascarar a los tipejos como Karajam.

—Nada se adelanta con desenmascararlos, si no se tienen pruebas para llevarlos ante un tribunal. Ya te lo dije. Guy, es lo que yo intento conseguir.

—Sí, también dijiste que estabas muy cerca de tenerlas.

—Nunca lo estuve tanto. Los acontecimientos se precipitaron. Hoy mismo podré detener a Karajam.

—No me digas.

—Por eso quiero que estés quieto.

—Dime algo más y sabré si debo estarme quieto o no.

—Eres un loco. Te dejas llevar por tus impulsos. Piensas que todo se puede arreglar a puñetazos, pero esta vez te vas a quedar quieto. No consentiré que echas a perder varias semanas de trabajo. Winning está maduro y va a caer en mis brazos hoy mismo.

—¿Winning?

—Sí, Rex Winning.

—De modo que es eso... El fiel secretario va a traicionar a su patrón.

El inspector consultó su reloj.

—Anda, ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al lugar donde quedé citado con Winning.

—¿Vas a dejar que asista a esa reunión entre vosotros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque una vez tenga las pruebas contra Karajam, me interesará que un periodista como tú las de la publicidad. Y con ello quiero decir que vas a luchar en mi bando, pero lo harás a mi manera...

—Con una condición.

—No hay condiciones. Lo tomas o lo dejas. Si no estás conforme, puedo elegir entre una docena de periodistas.

—Es lo que iba a decir, inspector. Que me concedieses la exclusiva.

—Ya la tienes, ¿o es que has creído que también yo iba a celebrar una conferencia de Prensa...?

Guy sonrió.

—Cuando quieras, inspector.

—Vine en un taxi.

—Entonces, inspector, permíteme que te invite a pasear en mi auto.

Viajaron en el «Florida» de Cordier.

Cuando ocuparon el asiento delantero, Guy preguntó:

—¿Adónde vamos, Jacques?

Girardot dio la dirección de una calle estrecha.

Abandonaron el auto y entraron en una casa cuya escalera olía a humedad.

—¿Es aquí donde tienes tu oficina privada?

—No. Fue Winning quien me dijo que viniese.

Subieron a la tercera planta, donde vieron tres puertas.

Se oían ruidos procedentes del apartamento del fondo. Una mujer peleaba con un hombre.

—Eres un puerco... Te vi con Colette.

—Era mi prima Rosie.

—¿Crees que estoy ciega...? ¡Era Colette...! ¿Sabes lo que voy a hacer con ella...? Sacarle los ojos, por robarme a mi hombre...

—Cálmate, cariño. ¿Es que no me ves aquí? Nadie se me ha llevado todavía.

El inspector Girardot sacó la pistola mientras se acercaba a la segunda puerta.

—Winning dijo que estaría abierta —murmuró.

Puso la mano en el tirador y lo hizo girar. La puerta se abrió.

El hombre y la mujer seguían peleando en la habitación contigua.

—Si prefieres a Colette, dile que trabaje para ti... ¡Eso es lo que hago yo! ¡Aumentarte y vestirti, zángano!

—Oye, ¿quieres que te rompa la cara? A mí nadie me llama zángano.

Guy entró en la habitación, seguido del inspector.

Se encontraron en un saloncito con muebles muy usados.

Por todas partes había medio dedo de polvo.

El apartamento tenía un dormitorio, con una cama de

matrimonio, y contaba con una pequeña cocina y un lavabo.

En el saloncito, sobre una mesa, descansaba un teléfono.

—Bueno, sentémonos —dijo el inspector—. Ya sólo faltan quince minutos para la hora de la cita.

Ocuparon sendos sillones y Guy sacó su paquete de cigarrillos.

Encendieron con la llama de un fósforo.

De pronto, el teléfono empezó a sonar.

El inspector tomó el auricular.

—¿Sí?

—¿Con quién hablo? —preguntaron desde la otra parte.

—El horno está caliente.

—Celebro que esté ahí, inspector.

—¿Cuándo va a venir, Winning?

—En un momento estoy ahí... Sólo tardaré unos diez minutos.

Quise cerciorarme de que todo está en orden.

—Lo está.

—Hasta ahora, inspector.

El policía de la Interpol dejó el auricular en la horquilla y exhaló el aire de sus pulmones.

—Bueno, ya está el cebo listo.

—¿Qué es lo que trae Winning?

—Documentos, papeles... Es lo único que vale para que Karajam ocupe el lugar que le corresponde.

—¿Por qué Winning traiciona a Karajam?

—Karajam mató a su mujer... Quiero decir, que dio orden de que la matasen. Antranik Karajam sabía que la mujer de Winning se había informado de muchas cosas... Y ella no se conformaba con la clase de negocio que manejaba su marido... Fue un terrible golpe para Winning... Desde ese momento juró que Karajam se la pagaría.

—¿Y si fuese una trampa?

—No, no creo que lo sea.

Poco después se oyeron pasos.

Girardot hizo una señal a Guy para que callase.

Los pasos se dirigieron ante aquella puerta.

Los dos hombres miraron el picaporte.

Éste giró lentamente.

Se produjo un chasquido y la puerta fue abierta de un empujón.

En el hueco se recortó la figura de Rex Winning.

—Inspector —balbució—. Me mataron.

Dio un traspiés y se derrumbó hacia adentro, quedando de bruces en el suelo.

En su espalda se veía el mango de un cuchillo.

CAPÍTULO VII

El inspector Girardot ya había acudido junto a Winning.

Le dio la vuelta y le levantó por la espalda, cuidando de no tocar el cuchillo.

—Winning.

El hombre de confianza de Karajam entreabrió los ojos.

—¿Quién fue, Winning?

—No le vi... Pero está claro... Karajam...

—¿Dónde están los documentos...?

—Los traía... Pero me los quitaron... El asesino se los llevó...

—Dígame algo con respecto a Karajam. ¿Dónde puedo encontrar las pruebas?

—Rattenberg... —dijo Winning y expiró.

El inspector dejó el cadáver en el suelo.

Le registró los bolsillos.

En uno de ellos encontró un papel que desdobló.

Era un mensaje redactado con letras de periódico. Decía así:

«Trate ahora de usar a este traidor».

Girardot alargó el mensaje a Guy, el cual también lo leyó para sí.

—Todo se vino a tierra —dijo el inspector.

—¿No te queda nada?

—Nada.

—No, inspector, te equivocas. Recuerda lo que dijo Winning: Rattenberg.

—Puede ser una ciudad o un apellido.

—Estuve en Innsbruck durante el invierno de hace dos años. Recuerdo perfectamente que, cerca de allí había una localidad llamada Rattenberg. Está en plenos Alpes Bávaros.

—No adelantamos mucho con eso.

—Puede ser una pista. Tiene que serlo. Winning contestó a tu pregunta.

—¿Es que no comprendes lo que quiero decir?

—Habla claro.

—Vas a estar quieto...

—Creo que, tal como están las cosas, puedo hacer más que tú, inspector.

—Oigan al magnífico periodista que cree que lo resuelve todo... Él puede más que la Interpol.

—Lo tomes a broma o no, puedo hacer más que la Interpol, dadas las circunstancias. Además, voy a trabajar para vosotros.

—Yo te agradezco mucho tu generosidad, pero no nos haces falta. ¿Lo oyes, Guy? Te estarás quieto por todos los infiernos... Lárgate de una vez.

—Ya me voy, inspector.

Guy se dirigió hacia la puerta.

—Espera, Guy.

—¿Qué te pasa ahora, Jacques?

—No quiero que menciones la muerte de Winning.

—¿Por qué?

—Porque quizá se me ocurra algo.

—Entiendo. Otra trampa para el señor Karajam... —Guy sonrió con ironía—. ¿No estás convencido todavía, inspector? Tus trampas no sirven. Tú pones el cebo, pero Karajam se lo come antes de que el mecanismo pueda saltar... No, inspector, con Karajam no valen tus procedimientos. Ya te lo advertí... De todas formas, buena suerte.

Guy salió de la habitación en donde Rex Winning se había dado cita con el inspector de la Interpol y con la muerte.

Antranik Karajam celebraba aquella fiesta a la que habían acudido no menos de quinientos invitados.

Ya había comprado la cuadra de caballos de carreras al conde de La Rochelle.

Personalidades de la capital francesa le estaban dando su

felicitación.

Karajam era un vencedor.

Ilona Klaussen, su secretaria, estaba a su lado.

La joven lucía un precioso vestido de noche.

—Está usted maravillosa, Ilona.

—Oh, no puede decir eso habiendo aquí tantas mujeres bonitas.

—Usted lo es más que ninguna, Ilona. Se lo aseguro. —Gracias.

—Quiero hablar con usted esta noche, Ilona... En mi *suite*.

Ilona parpadeó.

No sabía lo que quería decir Karajam. Pero no tuvo tiempo de preguntar, porque ante sí apareció un hombre.

—Señor Karajam, soy Jacques Girardot, inspector de la Interpol.

Karajam observó el rostro del policía.

—Celebro conocerle, inspector. Pero no me hará suponer que vino aquí a decirme que dopo mis caballos en las carreras. Todavía no participé en ninguna...

—No, señor Karajam. No se trata de caballos, sino de seres humanos. ¿No cree que existe diferencia?

—Inspector, me deja usted confuso. No sé a qué se refiere.

—Un empleado de usted, Rex Winning, ha sido asesinado.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible?

—Winning era mi brazo derecho. No puede haberle ocurrido eso a Rex.

El inspector se sintió corroído por la ira. Karajam era un cínico. El mismo había ordenado la muerte de Winning, y ahora estaba representando un papel.

—Le clavarón un cuchillo en la espalda, señor Karajam.

—¿Quién, inspector?

—¿No lo sabe, señor Karajam?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Fue muerto por una persona desconocida.

—¿Dónde?

—En el humilde apartamento de una triste callejuela.

—Pero ¿cómo fue a parar allí Rex?

—Iba a servirme de ayuda para desenmascarar a cierto personaje.

—Pobre Winning... Siempre quiso colaborar con la justicia...

Por eso le contraté, para que trabajase a mis órdenes... Sus consejos legales siempre fueron buenos.

—Señor Karajam, ¿cuándo vio por última vez a Winning?

—Hace cuatro horas y le aseguro que estaba lleno de vida.

—Sí, y ahora está lleno de muerte.

—Por favor, inspector, no me lo recuerde.

—Entiendo, estoy hiriendo su corazón.

—Siempre pensé que esta noche sería inolvidable para mí. Fíjese, inspector, todo París se ha reunido aquí para pasar conmigo un rato... Son verdaderos amigos... Sin embargo, me falta el mejor de todos, Rex Winning... ¿Sabe que trabajó cinco años para mí...?

—Le doy mi pésame —contestó el inspector con sarcasmo.

—Es usted muy amable, inspector. Será difícil para mí sustituir a Winning. Pero quiero hacer algo por él.

—¿Quizá pagarle un entierro de lujo? ¿O le va a hacer un panteón con mármol de Carrara?

—Voy a hacer algo más que eso.

—¿Qué cosa, señor Karajam?

—Estableceré un premio, una recompensa para la persona que descubra al asesino... Sí, inspector. Ésa será la mejor forma de reconocer los méritos de Rex Winning. Daré diez mil francos a la persona que les proporcione a ustedes los informes necesarios para capturar al criminal...

—Tomo nota de ello.

—Téngame informado, señor inspector.

—No se preocupe. Lo tendré.

El inspector Girardot dio media vuelta y se apartó de Karajam.

Ilona Klaussen había permanecido muda durante el diálogo entablado entre su jefe y el policía de la Interpol.

—Señor Karajam, es horrible que hayan matado a Rex Winning...

—Usted no se llevaba muy bien con él, Ilona.

—Tenía sus defectos y a veces resultaba antipático, pero nunca le deseé la muerte...

—Sin embargo, él hablaba muy mal de usted.

—No me importa lo que Winning hablase de mí.

—Es usted encantadora, Ilona.

—¿Por qué le habrán matado, señor Karajam?

—No quise decírselo nunca, Ilona, pero sospecho que Winning tenía negocios por su cuenta.

—¿A qué negocios se refiere?

—Se relacionaba con personas de ínfima condición social... Cualquiera de esas personas ha podido matarle.

—¿Por qué no le dijo eso al inspector?

—¿Qué habría adelantado con manchar el nombre de Rex Winning?

—Tiene usted razón, señor Karajam.

—No quiero que se entristezca, Ilona. Diviértase.

—Me temo que ahora va a resultar imposible.

—Disculpe, pero debo de atender a mis invitados.

—Desde luego, señor Karajam.

—Ya lo ve, mi deseo sería encerrarme en mis habitaciones y pensar en nuestro querido Rex. Pero, a pesar de todo, la vida sigue... Hemos de aceptar las decisiones del destino... Recuerde, Ilona, luego, quiero hablar con usted.

—No se preocupe. No lo olvidaré.

—La espero a las doce en mi *suite*.

—Sí, señor Karajam.

El hombre importante se apartó de su secretaria, Ilona dio un suspiro. Sentía de verdad la muerte de Rex Winning, aun cuando no había simpatizado con él.

Necesitaba un trago, más que nunca.

Se dirigió hacia el bar.

Un camarero le sirvió una copa de champaña.

—Está usted arrebatadora —dijo una voz a su espalda.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, señor Cordier?

—Por la puerta.

—No se haga el gracioso... Ya supongo que no tiene poder para atravesar los muros. Pero no debe quedarse aquí.

—¿Por qué no?

—Si el señor Karajam le ve, ordenará que le echen.

—¿Por qué haría eso?

—¿Se atreve a preguntarlo? Usted fue muy indiscreto durante la conferencia de Prensa. ¿Cómo se atrevió a preguntarle aquello sobre la trata de blancas?

—Es uno de los problemas más importantes que tiene planteado

nuestro mundo libre.

—Pero no pensará que el señor Karajam puede dar una solución para atajarlo.

—Quizá sí.

—¿Por qué no deja de ser enigmático y va al grano?

—Necesito su ayuda, Ilona.

—¿Para qué?

—Su jefe es el mayor tratante de blancas del planeta, Ilona agrandó los ojos.

—¡Es la calumnia más grande que he oído en mi vida!

—No, Ilona, no es una calumnia. Se lo aseguro.

—El señor Karajam es un hombre de negocios, un naviero importante. Tiene también fábricas de acero y de aparatos electrodomésticos. Es muy corriente difamar a las personas que han llegado a la cumbre y es lo que ocurre con el señor Karajam. Se ha creado muchos enemigos en el transcurso de su vida. Los periodistas siempre están a la caza de alguna noticia que suponga un escándalo. Es lo que ocurre con usted. Sólo quiere una crónica sensacional al precio que sea.

—No, Ilona. Yo no soy de éstos.

—Entonces, deje en paz al señor Karajam.

—No puedo y debo decirle algo de regalo. Karajam es un asesino...

—No le escucharé ni un segundo más.

Ella fue a volverse, pero Guy la tomó por el brazo.

—Tiene que escucharme, Ilona... Karajam ordenó la muerte de Rex Winning.

—¡Eso no es verdad!

—Lo es, Ilona.

—¿Quién se lo dijo?

—Yo estaba con el inspector Girardot cuando llegó Rex Winning con un cuchillo clavado en la espalda.

—¿Sabe por qué fue muerto Winning?

—Sí, claro que lo sé.

—Se había metido en negocios sucios a espaldas del Señor Karajam.

—Comprendo, es lo que su patrón le contó.

—Sí —dijo Ilona, levantando la barbilla—, y es la verdad.

—No, no lo es, Ilona... Winning iba a vender a su jefe... Estaba dispuesto a prestar ayuda al inspector de la Interpol. Le iba a entregar algunos documentos que servirían a la policía para probar la culpabilidad de Karajam. Por eso, su admirado hombre de negocios decidió matar a Winning.

—No le creo una sola palabra.

—Es una pena que no me crea.

—¿Por qué Winning iba a traicionar a Karajam?

—Porque Karajam mató a su mujer...

—La mujer de Winning murió atropellada por un auto en Viena.

—Le apuesto doble contra sencillo a que el vehículo se dio a la fuga.

—Sí, y no diga ahora que usted lo ignoraba.

—Usted misma puede estar en peligro. Tengo la impresión de que, cuando el señor Karajam desconfía de un empleado, no le despide. Sencillamente, le elimina. He pensado que, teniendo en cuenta el cargo que ocupa con Karajam, puede aportar las pruebas decisivas que necesitamos para cazarle.

Hubo una pausa entre los dos jóvenes.

Guy sonrió.

—Ya no está tan segura con respecto a Karajam.

Ella apretó los labios.

—Sí, confieso que, por unos momentos, me ha hecho titubear, pero ya ha pasado...

—¿No me va a ayudar?

—Desde luego que no.

—Lo siento por las mujeres a las que Karajam continuará haciendo daño.

—Eso que dice de la trata de blancas es una patraña. Confiéselo, señor Cordier. Sólo ha tratado de meter a Karajam en una de sus crónicas sensacionalistas.

—Me temo que perdí el tiempo con usted.

—Desde luego, lo perdió. Y ahora, ¿quiere soltarme ya?

—Sí, la dejaré libre. Ande, continúe al lado de su jefe, de ese hombre que se burla de todas las leyes, que bajo una capa esconde la de su verdadera personalidad, la de un repugnante bicho.

Ilona se apartó de Guy con rapidez.

Estaba apesadumbrada, porque Karajam no era la clase de

hombre que Guy Cordier decía. No, eso era imposible. Karajam era una buena persona, un hombre excelente, el mejor de cuantos había conocido.

CAPÍTULO VIII

Ilona entró en la *suite* de Karajam.

El hombre de negocios se cubría con un batín azul de listas brillantes.

La joven traía un cuaderno y un bolígrafo.

—No, Ilona, no voy a dictarle nada.

Ilona se quedó un poco sorprendida.

—¿Qué quiere beber? ¿*Whisky*? ¿Un martini?

—Gracias, señor Karajam, pero no acostumbro a beber a estas horas.

—Pero ¿qué hace ahí de pie? Siéntese.

—Sí, señor.

Karajam se acercó al mueble-bar y escanció una copiosa ración de *whisky* en un largo vaso.

—¿Qué le pareció la fiesta, Ilona?

—Muy interesante, si no hubiese aparecido ese policía.

—Sí, yo también he sentido mucho la muerte de Rex.

Karajam se sentó en un diván, cerca del sillón donde se encontraba la joven.

—La vi hablar con Guy Cordier.

Las mejillas de la joven enrojecieron.

—Se me acercó inesperadamente. No sabía que estuviese en la fiesta.

—Esos periodistas se meten por todos los rincones... ¿De qué habló con usted?

—De cosas sin importancia —contestó Ilona, y se asombró de que ella mintiese.

—Al parecer, Guy Cordier siente un interés personal por usted.

—Sí. Eso creo yo...

—No me gusta nada... Me he sentido celoso cuando la vi con Cordier... No quiero que ningún hombre la aparte de mi lado...

Por primera vez desde que conoció a Karajam, Ilona se sentía molesta en su presencia.

—¿Le extrañan mis palabras, Ilona?

—Me pillan un poco de sorpresa.

—He pensado mucho en usted durante las últimas semanas. Ahora, debo decírselo, Ilona. Quiero que se case conmigo.

No, ella nunca había esperado semejante decisión de Karajam. Era lo más absurdo. Karajam tenía cincuenta años y ella veintitrés. Había demasiada diferencia de edad entre los dos.

Pero existía otra razón más importante.

No quería a Karajam.

Sólo le tenía afecto porque era su jefe y porque había creído hasta entonces que era una buena persona. ¿Por qué pensaba eso ahora? Era como si le diese la razón a Guy Cordier.

—Nos casaremos en Berna, Ilona.

Aquellas palabras la devolvieron a la realidad.

Karajam le había pedido que fuese su esposa y él no esperó una respuesta suya. Lo acababa de decir claramente. Se casarían en Berna.

Fue entonces cuando Ilona recuperó el habla.

—Señor Karajam, me ha hecho un gran honor al pedirme que sea su esposa, pero no le puedo aceptar.

—¿Qué?

—Yo no le amo a usted.

Karajam se había quedado muy serio, pero ahora sonrió.

—Eres muy niña, Ilona. Tú no puedes saber de eso.

—Creo que lo sé.

—¿Quieres decir que te has enamorado de otro hombre?

—No, desde luego.

—¿Se trata de ese Fritz?

—No, de ninguna manera. No estoy enamorada de Fritz Schaffer.

—Entonces, ¿quién es él?

—No hay ninguno.

Karajam se puso en pie y acercóse a la joven.

—Tú sabes que soy inmensamente rico.

—Sí, señor, tengo idea de que posee una gran fortuna.

—Conmigo tendrás todo lo que has podido desear... Tus sueños se verán convertidos en realidad.

—Aprecio sus palabras y su intención, señor Karajam, pero insisto en que no puedo aceptar.

—No contestes ahora.

—Pero es que ya le he respondido.

—No he escuchado tu respuesta... Saldremos mañana para Suiza. En Berna te haré la misma pregunta.

La joven hubiese contestado de buena gana que su respuesta sería siempre la misma. No, no se casaría con él.

Pero de nuevo se sintió a disgusto en compañía de Karajam y, para ella, en ese momento, lo más importante era salir de allí.

—Está bien, señor Karajam.

Se levantó y Antranik le tomó una mano y la apretó suavemente. Ilona sintió deseos de dar un tirón, no le gustó aquel contacto.

—Buenas noches, Ilona.

—Hasta mañana, señor Karajam.

Karajam le besó la mano y de nuevo sintió aquella sensación de repugnancia. Sí, eso, era repugnancia.

Cuando se encontró fuera de la *suite*, la joven respiró profundamente. Ahora se encontraba mucho mejor.

Entró en sus habitaciones y encendió un cigarrillo.

Paseó de un lado a otro nerviosa, recordando la escena que había protagonizado con su jefe.

No, ella no iría a Berna. No podía soportar que Karajam la pidiese otra vez por esposa.

El destino de las personas era muy caprichoso. En meses no pasaba nada y en sólo veinticuatro horas se precipitaban los acontecimientos.

Había conocido a Guy Cordier, el periodista entrometido. Rex Winning había muerto y ahora, como final, su jefe le pedía en matrimonio. Sí, eran muchas cosas en muy pocas horas.

Ahora debía dormir, era lo mejor. Por la mañana se encontraría en mejores condiciones para pensar en todo. Pero ¿por qué esperar a la mañana? Tenía que aprovechar la noche para huir. Ésa era la solución a su problema, escapar del hotel.

¿Pero por qué hacer tal cosa? ¿Acaso Karajam no se merecía que

se despidiese de él?

Sí, al día siguiente hablaría con su patrón y le diría que había sido un jefe magnífico y que estaba muy satisfecha de haber trabajado para él, pero que, dadas las circunstancias, había llegado el momento de separarse.

Pero ¿cómo encajaría Karajam aquella despedida?

¿Se conformaría?

Recordó la cara de Karajam mientras hablaban, cuando ella dijo que no le amaba.

Los ojos de su jefe parecían trozos de pedernal. Sintió un escalofrío por la espalda.

No, no podía esperar hasta el día siguiente.

¿Y si le pedía ayuda a Guy Cordier?

¿Ayuda para qué?

Era ridícula. ¿No se encontraba a solas en la *suite*?

Podía hacer el equipaje tranquilamente y marcharse Nadie se lo impedía.

Pero el nombre de Guy Cordier le inspiraba confianza. ¿Por qué? No sabía explicarlo.

Sí, tendría que hablar con él.

Descolgó el teléfono y pidió comunicación con la redacción del *Paris-Dimanche*.

Le costó trabajo establecer contacto con Guy Cordier. Al fin pudo localizarle en un bar de Montparnasse.

—Señor Cordier, soy yo, Ilona Klaussen.

—Estaba pensando en usted un momento y la imaginé dormida...

—Todavía no me acosté... Necesito su ayuda.

—Vaya, yo pedí la suya y me la negó.

La joven se mordió el labio.

—He sido una estúpida, perdone, señor Cordier.

—No cuelgue...

La joven interrumpió su movimiento. Respiró entrecortadamente.

—Quiero abandonar a Antranik Karajam.

—¿Por qué?

—Me pidió que fuese su esposa.

—Enhorabuena...

—Deje sus sarcasmos...

—¿Quiere decir que no aceptó?

—Eso es, no acepté.

—¿Por qué, siendo él una persona de tan buenos sentimientos y un hombre tan rico?

—Yo tampoco sé por qué le di una respuesta negativa. Bueno, no le amo. Debíó ser por eso, y creo que hice bien.

—¿Sólo me llama para eso...? ¿Para preguntarme si hizo bien o mal...?

—El señor Karajam insistirá de nuevo en Berna y yo debo abandonarle, no quisiera verle más.

—Le tiene miedo, ¿eh?

—No, no creo que sea eso.

—Comprendo. Es usted muy sensible y no quiere ver cómo se desploma su patrón.

—Es usted insoportable, ya estoy arrepentida de haberle llamado.

—No se sulfure, Ilona... Usted desea salir del hotel, ¿no es eso? Y no se atreve a hacerlo sola.

—Sí, ahora acertó.

—Está bien, iré por ahí... Esté preparada para dentro de media hora.

—Ya lo estoy, sólo tengo que hacer mi equipaje.

—Muy bien, hágalo.

Ilona dejó el auricular en la horquilla. Ya estaba hecho.

Sacó la maleta del armario y se puso a meter en ella sus vestidos.

De pronto oyó que se abría la puerta.

Se volvió lanzando un grito.

En el hueco estaba Antranik Karajam.

—¿Se le olvidó algo, señor Karajam?

Antranik entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué ibas a hacer, Ilona?

—Marcharme.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

—Ya entiendo. Ibas a huir.

—Señor Karajam, no puedo seguir con usted... Karajam sonrió

con ironía.

—Te pido que seas mi esposa y tú, en lugar de aceptar, quieres apartarte de mi lado.

—Ya le dije que me consideraba muy honrada con su elección, pero que no podía aceptar.

—Eres una estúpida.

—Señor Karajam...

—Has hablado con Guy Cordier. ¿Por qué?

—¿Cómo lo sabe usted...? ¿Ha escuchado mi conversación telefónica...? ¡Usted no tenía ningún derecho...!

—¿Qué importa eso ahora...? Te quería para mí, pero ya que me has rechazado, respetaré tu voluntad.

—Gracias, señor Karajam...

—No me has entendido. Quería que fueses mi esposa viva, pero ahora pasarás a ser un ejemplar de mi colección...

—No le comprendo...

—Ya lo comprenderás más adelante.

—Me imagino que no podrá ser, señor Karajam. Desde este momento dejo de trabajar con usted.

—Muy pronto dejarás de trabajar porque de tu cuerpo huirá la vida... Sólo serás un maravilloso objeto.

—¿Qué dice?

—Ya te he dicho que ahora no hay tiempo para explicaciones.

—Salga inmediatamente de mi habitación, señor Karajam.

Antranik abrió la puerta.

Ilona creyó que, efectivamente, su patrón se marchaba, pero no ocurrió eso.

Por el hueco entró un hombre que portaba gafas oscuras.

—Cumple con tu obligación, Monelli.

—Sí, señor.

Monelli se encaminó hacia la joven. Ésta gritó mientras retrocedía.

—¿Qué quiere este hombre, señor Karajam...?

Monelli saltó sobre Ilona al tiempo que sacaba la mano derecha del bolsillo.

Ilona percibió un fuerte olor a éter.

Trató de pegar un zarpazo al hombre de las gafas oscuras, pero éste la había sujetado férreamente por la cintura.

Se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento.

Su último recuerdo fueron aquellas palabras de Karajam que golpearon en su cerebro.

«Serás un ejemplar de mi colección... De tu cuerpo huirá la vida... Sólo serás un maravilloso objeto...».

CAPÍTULO IX

Guy Cordier se acercó al registro del hotel Continental.

El empleado era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de bigote recortado y cabello rubio.

—¿Quiere ponerme con la habitación de la señorita Ilona Klaussen?

—Lo siento, pero la señorita Klaussen acaba de abandonar el hotel.

—¿Quiere decir que ha salido un momento?

—No, señor, salió con su equipaje.

—Eso no puede ser.

—No le comprendo, señor.

—Me tenía que esperar a mí. Soy Guy Cordier.

—Perdone, señor Cordier, pero la señorita Klaussen salió de aquí hace diez minutos.

—Entonces, habrá dejado un recado para mí.

—No, señor, no dejó ningún recado.

—Pero ella me rogó, hace poco más de media hora, que viniese a recogerla.

—Quizá la señorita Klaussen cambió de opinión.

—Está bien, me informaré con otro de sus huéspedes, con el señor Karajam.

—Lo siento, pero el señor Karajam ordenó que no se le molestase.

—Usted lo va a molestar bajo mi responsabilidad. ¿Lo oye bien?

La voz de Guy había sonado seca, imperativa.

—Lo consultaré, señor Cordier.

El empleado se puso en contacto con la habitación de Karajam.

—¿Señor Karajam...? Aquí hay un caballero que desea hablar

con usted... Se llama Guy Cordier... Está bien, le diré que suba...

Colgó y dijo:

—El señor Karajam le espera. Habitación 202, tercera planta.

—Gracias, amigo.

Guy subió en el ascensor hasta la tercera planta.

Un hombre de mejillas chupadas mantenía abierta la puerta de la habitación 202.

—Adelante, señor Cordier.

Karajam estaba sentado en un sillón, fumando un grueso y largo cigarro.

—¿Dónde está Ilona Klaussen?

—Se marchó.

—¿Adónde?

—No lo sé, ella no lo dijo.

—No le creo, señor Karajam.

—Señor Cordier, en poco tiempo me ha dado usted pruebas de su mala educación. ¿Es que va a seguir practicando el mismo sistema?

—Quiero oírle hablar acerca de Ilona, antes de que me ponga más nervioso.

—Oiga, señor Cordier, llevaré mi paciencia con usted hasta el límite, de modo que le voy a hablar de Ilona.

—Gracias.

—Vino aquí para despedirse.

—¿Y por qué se despidió?

—Es un asunto personal. Sin embargo, se lo voy a decir... Esta noche le pedí que fuese mi esposa, pero no tuve la suerte de que ella accediese. Yo creé una situación violenta entre ambos. Ilona es una mujer inteligente y decidió que, dadas las circunstancias, lo mejor era apartarse de mi lado... Yo he respetado su decisión.

—Todo eso está muy bien, señor Karajam, y ella me lo explicó.

—Parece que Ilona tiene mucha confianza con usted.

—Ilona me pidió que viniese al hotel. Ella tenía que esperarme, pero no lo ha hecho.

—Bueno, imagino que habrá cambiado de opinión, ya sabe cómo son las mujeres...

Guy dio media vuelta y caminó rápidamente hacia la puerta, que estaba cubierta por el hombre de mejillas chupadas.

—Apártate de ahí, muñeco... Quiero salir.

Pero el tipo no se apartó.

Guy le soltó la derecha.

El tipo la recibió en la cara, dio una vuelta de campana y quedó de bruces en el suelo.

Luego, Guy abrió la puerta de un tirón y salió, cerrando con un fuerte golpe.

Se encaminó a la habitación de Ilona donde entró como un huracán, pero allí no había nadie.

Se detuvo, percibiendo un olor extraño. Aquello era éter.

Entonces echó a correr.

Abrió violentamente la puerta de la *suite* de Karajam.

El hombre de negocios seguía sentado en un sillón, fumando su cigarro.

—Le voy a romper el alma, Karajam.

Karajam apartó el cigarro de la boca y sonrió.

—Usted no va a hacer nada... Mire a su espalda.

Guy se volvió.

El hombre de las mejillas chupadas mostraba una pistola en la mano, y la pistola tenía silenciador.

—Cuidado, muñeco —dijo Guy—, a ver si haces fuego y te quemas...

—Deja ya de hacer payasadas, o te meto una bala en las tripas.

Karajam se echó a reír.

—¿Qué es usted, Cordier...? ¿Un periodista o un guerrero?

Guy le miró.

—Ahora quisiera ser un verdugo.

—Está soñando. Despierte.

—¿Dónde está Ilona?

—En lugar seguro.

—¿Qué es para usted lugar seguro...?

—Mi hogar, muy lejos de París.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Lo que no hubiese querido hacer. Por eso le pedí que se casara conmigo. Pero, la muy estúpida, no quiso aceptarme como marido.

—Ya entiendo, la va a matar.

—Voy a hacer algo más por ella. Le daré la eternidad.

—¿Qué...?

—Será una belleza admirada por muchos siglos.

—Eso sí que no lo entiendo.

—No hace falta que lo entienda, señor Cordier. Usted va a marchar al otro mundo y allí no le harán falta noticias especiales acerca de mi vida y de mis conocimientos de estética.

—Está chiflado, no sabe lo que dice. Pero, de todas formas, le haré un buen reportaje en mi diario.

Karajam dio una larga chupada a su cigarro y expulsó el humo hacia el joven.

—Lo malo de usted es que se cree demasiado inteligente y sólo es un tipo vulgar, Cordier...

—Le hago una oferta.

—¿Cuál?

—Usted me devuelve a Ilona y yo silencio todo esto en mi periódico.

—Es usted chistoso.

—Usted lo es más, pero no me hace ninguna gracia, Karajam.

El hombre de negocios se puso en pie.

—Siento mucho tener que despedirme de usted.

—¿Se va ya?

—Es usted el que se va... Yo lo haré dentro de un par de horas.

—Piénselo un poco antes, Karajam, no le conviene quitarme de en medio. Tengo un amigo que le conoce a usted bien.

—¿A quién se refiere?

—A Jacques Girardot, inspector de la Interpol.

—Oh, sí, le conocí esta noche en la fiesta... Un hombre un poco aburrido. Se empeñó en que yo había ordenado la muerte de Rex Winning.

—Qué cosas, ¿eh...? Sospechar de usted, que es un hombre tan generoso y que reparte mensualmente más de tres mil francos en donativos...

—Ya veo que Ilona le informó de muchas cosas, pero eso ya no importa ahora... Buen viaje, señor Cordier... Llévatelo, Stuart.

Hubo un silencio y Guy se volvió de nuevo hacia Stuart. Éste le sonrió.

—En marcha, mequetrefe... Me voy a guardar la pistola en el bolsillo, pero si haces el menor gesto para huir, no vacilaré en hacerme un agujero en el traje.

—¿Adónde vamos?

—No iremos huy lejos... Vamos a hacer una visita a los sótanos del hotel. Te enseñaré unas cuantas cosas que te van a gustar mucho.

—Soy un tipo muy curioso.

—Pues anda, ven conmigo y aprenderás una buena lección.

—Seguro, muñeco...

—Ten cuidado con él, Stuart —intervino Karajam—. No quiero que falles.

—Descuide, señor Karajam... No se me escapará.

CAPÍTULO X

—Abre esa puerta —ordenó Stuart.

Guy obedeció.

Estaban en el sótano, donde se ubicaba la calefacción del hotel. Hacía un calor infernal.

De pronto oyeron una voz.

—Eh, ustedes, no pueden entrar aquí...

Un hombre de unos cincuenta años se dirigió hacia ellos.

Stuart saltó sobre el tipo y bajó el brazo como un rayo, golpeando con su arma entre los dos ojos del vigilante.

Guy fue a lanzarse sobre Stuart, pero éste le apuntó con el arma.

—Cuidado, muchacho, ya estoy listo para meterte el plomo.

Guy había perdido su oportunidad. Pero todo había sucedido muy aprisa y Stuart demostró que era un hombre eficiente para la misión que Karajam le había confiado.

Ahora Stuart sonreía a Guy, enseñando unos dientes carniceros.

—Quiero que se te anuden las tripas, mequetrefe. ¿Sabes lo que va a pasar...? Que el jefe tendrá a la chica que a ti te gusta. La tendrá para él solo y tú no podrás evitarlo.

Guy se pasó una mano por la mejilla.

—Oye, Stuart, tengo dinero, creo que tú y yo podríamos hacer un buen negocio.

—¿De veras? —inquirió, sonriendo, Stuart.

—Me acompañas a casa y te doy dos mil francos.

—Muy barata compras tu vida...

—Eso sólo será el primer plazo. Por la mañana iremos al Banco y te daré más.

—¿Qué clase de imbécil te crees que soy...?

—Yo sólo quiero ofrecerte una buena cantidad de dinero para

que te retires. Imagino que eso de matar a la gente debe ser muy cansado.

—No lo es cuando uno tiene clientes como tú.

—Vaya, parece que sientes por mí mucho odio.

—Me pegaste delante del jefe.

—Eso fue porque no te quisiste apartar de la puerta.

—Había ido en tu busca, pero el señor Karajam dijo que volverías, y acertó... Es lo malo que tenéis los que os creéis valentones...

—Explícame eso.

—Se acabó ya la cháchara.

—No debes ser así, Stuart. Ahora estábamos tocando el tema más interesante.

—Anda, echa a andar hacia adentro.

—Ahí hace mucho calor, éste es un buen sitio.

—Adentro, he dicho.

—Como tú quieras...

Guy echó a andar y Stuart fue tras de él.

A la derecha e izquierda corrían los tubos de la calefacción:

El humo empezó a espesarse.

Guy pensó que si Stuart estuviese a tres metros de él no le vería, pero su verdugo estaba demasiado cerca.

Llegó a la esquina de un corredor y sin vacilar se lanzó al aire.

A su espalda oyó el suave estampido de la pistola provista de silenciador.

Siguió dando vueltas por el suelo, diciéndose que la bala no le había alcanzado.

Se oyó otro estampido y ahora notó perfectamente cómo el proyectil se estrellaba a pocas pulgadas de su cabeza.

Llegó a otro corredor. Al fin se quedó quieto.

Ahora entre él y Stuart, se interponía una espesa nube de vapor.

No oía a Stuart. También el asesino debía estar quieto, a la espera de saber qué había pasado con sus dos balas.

Transcurrió un minuto.

—Eh, periodista... ¿estás ahí?

Guy no respondió.

Stuart soltó una risita.

—No me la podrás pegar, ¿lo oyes bien?

Echó a andar.

Guy pudo oír claramente el ruido de sus zapatos.

—¿Me oyes, periodista...? Sé que estás vivo... No te alcancé con ninguna de mis balas... Eso demuestra que eres un tipo con mucha suerte... No hay cosa peor que enfrentarse con gente como tú... Por eso he decidido aceptar tu oferta... Ya sabes, dos mil francos ahora y un poco más mañana... ¿Lo oyes, periodista...? Sal de ahí...

Guy permaneció inmóvil, conteniendo el resuello.

Stuart seguía avanzando hacia aquel lugar.

Llegaría un momento en que el vapor no sería un obstáculo para que le descubriese.

Entonces se deslizó sobre el estómago, como lo había hecho en Argelia, cuando perteneció a un comando de misiones especiales.

Se conservaba ágil y, sobre todo, sabía que cualquier movimiento en falso podía provocar su muerte.

Sin hacer ruido se fue desplazando poco a poco.

Dio la vuelta por otro corredor.

Tenía dos soluciones.

Tratar de cazar a Stuart por la espalda o ganar la puerta para huir.

De momento, la segunda era la mejor, porque sería muy difícil para él sorprender a Stuart.

Sin embargo, también la huida ofrecía una gran dificultad.

Por el fondo desaparecía el vapor y él sería visible a mayor distancia.

Tendría que correr mucho.

Continuó deslizándose.

Ya no oía a Stuart, ¿dónde estaba...?

Eso era lo peor, ¿y si Stuart había pensado lo mismo que él y le estaba esperando en cualquier rincón, como un cazador espera la aparición de la pieza que ha de cobrar?

Maldijo a Stuart y a su profesión de asesino.

De repente oyó un golpe.

Stuart estaba muy cerca de él, al otro lado. Pudo ver sus pies por entre los tubos.

Pero enseguida una espesa nube de vapor le cubrió de nuevo.

Se deslizó tres palmos más y empezó a incorporarse.

Contó con que Stuart hubiese llegado a la esquina al mismo

tiempo que él.

Era un salto muy difícil, pero debía intentarlo.

Se lanzó al corredor y alargó la mano, atrapando la cabeza del asesino.

CAPÍTULO XI

Los dos rodaron por el suelo.

Guy logró aferrar la mano armada de Stuart.

Golpearon contra los tubos, pero no por ello Guy aflojó su presa.

Otra vez estaba en guerra, luchando por su vida y una duda de fracción de segundo significaba la muerte segura.

Al fin, los dos se detuvieron mirándose a la cara.

Stuart hacía esfuerzos por liberarse de aquella garra, que le sujetaba el brazo armado.

Empezó a doblar la mano.

—Te voy a meter una bala en los sesos, periodista...

Guy vio cómo la pistola iniciaba el movimiento fatal.

Ya estaba apuntándole encima de la cabeza. Dos pulgadas más y el negro agujero le apuntaría a la frente.

Stuart conservaba el dedo en el gatillo. Sólo tendría que apretar suavemente y la bala se pondría en camino.

Una pulgada más y todo acabaría para Guy.

De pronto, levantó la rodilla, propinándole un golpe a Stuart en el estómago.

La pistola se disparó.

Pero Stuart había doblado la muñeca por efecto del rodillazo de Guy.

El periodista vio cómo la cara del asesino se convertía en pulpa.

Le dejó libre y se apartó de él.

Se levantó tambaleándose.

Ahora no podía dejar escapar a Karajam.

Atrapó la pistola de Stuart y echó a correr.

El vigilante se estaba despertando.

Guy pasó por su lado y salió del sótano.

Llegó por fin a la *suite* 202 y abrió la puerta de un tirón.

Pasó dentro.

Karajam había huido.

Bajó rápidamente la escalera y guardó la pistola en el bolsillo.

En el registro continuaba de servicio el empleado con quien habló a su llegada.

—¿Vio al señor Karajam?

—No, señor.

—¿Está seguro?

—Claro que sí.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Pierre.

—Está muy mal de la vista, Pierre. Vio salir a la señorita Klaussen, cuando ella no pudo abandonar el hotel por su propio pie. Y ahora, no vio a Karajam, cuando debió marcharse hace unos minutos.

—Perdone, señor Cordier, pero tengo mucho trabajo.

Entonces, Guy sacó la pistola y puso el cañón debajo de la nariz del empleado.

—Éste es el mejor producto que existe para mejorar la memoria.

—¿Qué va a hacer, señor Cordier?

—Empezaremos por el principio. Sólo quiero que me conteste a unas preguntas, pero lo hará con corrección.

—Sí, señor.

—¿Vio salir a la señorita Klaussen?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué dijo que la vio?

—El señor Karajam me lo ordenó.

—¿Acaso está usted a las órdenes de Karajam?

—Me dijo que quería librar a su secretaria de un entrometido, de usted. Sólo quise hacer un favor al señor Karajam... Usted lo debe comprender.

—Oh, claro que lo comprendo, y el señor Karajam, que es muy persuasivo, le dio una buena propina.

Pierre encogió los hombros, lo cual era una respuesta afirmativa.

—Continuemos, Pierre. ¿Vio salir a Karajam?

—Sí, señor, y eso es verdad, se lo juro. Salió hace quince minutos.

—¿Con quién?

—Iban dos hombres con él. Se llevaron su equipaje y el señor Karajam canceló su cuenta.

—¿Dónde fue el señor Karajam?

—Al aeropuerto.

Guy soltó unos cuantos juramentos. Él no tenía autoridad para detener un vuelo, pero sí la tenía el inspector de la Interpol, Jacques Girardot.

Marcó el número de su domicilio.

El teléfono sonó dos, tres veces.

—¿Sí...? —Oyó una voz somnolienta.

—Inspector, tienes que detener un avión.

—¿Por qué no un transatlántico?

—No estoy de broma...

—Yo tampoco, Guy.

—Se trata de Karajam... Ha secuestrado a Ilona Klaussen...

—Oye, Guy, no me gusta eso. La chica te interesó y no quiero complicaciones innecesarias.

—No se trata de una invención mía. Es la verdad... Y por si tienes alguna duda luego te das una vuelta por el sótano del hotel de Karajam. Hay un muerto...

Pierre dio un respingo.

—¿Qué ha dicho?

—Cierre el pico. —Guy le acercó de nuevo el cañón de la pistola en la cara.

—Eh, Guy —dijo el inspector de la Interpol—. ¿Con quién estás hablando?

—No tiene importancia... Lo único que nos interesa ahora es detener ese avión, Jacques... Has de hacerlo. Se trata de la prueba que necesitabas... Ilona va a viajar en el avión de Karajam... La anestesiaron con éter... Puedes atrapar a Karajam con las manos en la masa...

—Está bien, ahora mismo lo dispongo todo... Telefonaré al aeropuerto para impedir la salida de ese avión. Pasaré por ti...

—Te espero.

El inspector Girardot y Guy Cordier saltaron del auto.

El avión especial de Karajam estaba a la derecha.

Karajam se dirigió hacia ellos, seguido de un alto empleado del

aeropuerto.

—¿Me quiere decir qué significa esto, inspector Girardot...?
¿Con qué motivo ha ordenado la suspensión del vuelo?

—¿Quién viaja con usted, señor Karajam?

—Cuatro empleados.

—¿Hombres y mujeres?

—Llevo conmigo a mis dos secretarias. Las necesito mañana en Berna, porque he de celebrar importantes reuniones. Y no comprendo por qué me hace esa pregunta, inspector.

—Está bien, lo va a saber enseguida... El señor Cordier ha denunciado un caso de secuestro...

—¿Se refiere a mí?

—Sí, desde luego.

Karajam se echó a reír.

—¿Yo un secuestrador...? El señor Cordier ve visiones. ¿O se trata de una estratagema suya para vender más periódicos?

Guy le soltó un puñetazo a la cara.

Karajam se tambaleó.

—Maldito, ¿qué ha hecho...?

Guy fue a lanzarse otra vez sobre el millonario, pero el inspector le contuvo.

—Estate quieto, Guy...

Karajam gritó:

—¡Esto lo va a pagar, periodista!

—Cálmense todos —ordenó el inspector—. Señor Karajam, quiero entrar en su avión.

—No tiene derecho a entrar en mi avión...

—Sólo quiero hablar con Ilona Klaussen.

—¿Para qué quiere hablar con Ilona?

—Lo oírás cuando ella esté delante.

Karajam titubeó.

—Está bien. Suban al avión. Ella está dentro.

Subieron por la escalerilla.

Dos empleados de Karajam retrocedieron. Uno de ellos tenía la mano cerca de la axila.

—Todo está en orden —dijo Karajam.

La secretaria pelirroja de Karajam se pintaba los labios, mirándose en un espejito.

—¿Dónde está Ilona Klaussen? —preguntó el inspector al no verla allí.

—Magde —dijo Karajam a la pelirroja—. ¿Quiere decir a Ilona que venga?

—Desde luego, señor Karajam.

La joven salió del elegante y cómodo salón.

Guy, vigilaba a los dos empleados de Karajam. También tenía una pistola en el bolsillo derecho de la chaqueta, la sacaría cuando fuese preciso, y no vacilaría en apretar el gatillo.

Apareció otra vez Magde y detrás de ella lo hizo Ilona Klaussen.

Ésta, muy seria, miró con las cejas enarcadas a Guy.

—Hola, señor Cordier...

—Ilona, he venido por ti.

—¿Por mí...? No le comprendo.

—Eres una prisionera de Karajam.

—¿Qué tontería está diciendo, señor Cordier...? Estoy aquí por mi propia voluntad.

Karajam habló al inspector:

—¿Tiene algo que decir, inspector...?

El hombre de la Interpol se pasó una mano por los ojos. Luego miró a Cordier.

—Guy, te dije que no quería complicaciones innecesarias.

—Sé lo que pasa, Jacques...

—¿De veras?

—Amenazaron a Ilona. Por eso ella habla así...

Karajam se echó a reír.

—Ilona —dijo—. ¿Te he obligado yo a decir o a hacer algo contra tu voluntad...?

—De ninguna forma, Antranik.

—Diles a estos caballeros cuáles son nuestros planes en Berna.

—Nos casaremos...

—Ya lo han oído —repuso Karajam—. ¿Alguna otra pregunta, inspector?

—Ninguna.

—¡Espera, Jacques! —gritó Guy.

—¿A qué tengo que esperar?

—¡Te repito que Ilona va por la fuerza...!

Girardot dio un suspiro.

—Está bien, le hablaré a ella —hizo una pausa—. Señorita Klaussen, soy inspector de policía, no debe temer nada... Estos hombres no pueden hacer nada contra usted... Si no quiere viajar con el señor Karajam, bajará con nosotros de este avión y yo cuidaré de su seguridad personal... ¿Qué contesta?

—Le repito lo de antes, inspector. Estoy aquí porque he aceptado ser la esposa del señor Karajam... No me han coaccionado en absoluto. No comprendo por qué el señor Cordier se permite hacer afirmaciones tan falsas.

Guy fue a contestar, pero el inspector dijo:

—¡Ya basta...! ¡Se acabó!

Guy cerró los puños al verse reducido a la impotencia. Nada podía hacer, ni siquiera sacar la pistola y llevarse a Ilona a viva fuerza. La presencia del policía de la Interpol le impedía obrar de aquella manera.

—Buen viaje, señor Karajam —dijo el inspector.

—Jacques —repuso Guy, como último recurso—. Maté a un empleado de Karajam, ya te lo dije, está en el sótano de la calefacción, en el hotel... Se llama Stuart.

—Magde —dijo Karajam—. ¿He tenido alguna vez un empleado que se llamase Stuart...?

—No, señor.

—¿Conociste tú a algún Stuart, Ilona?

—No, tampoco le conocí...

Jacques tomó del brazo a Guy.

—Ya te cubriste bastante de ridículo. Larguémonos de una vez —empujó a Guy hacia la salida—. ¡Y es una orden...!

Los dos hombres bajaron la escalerilla, seguidos del empleado del aeropuerto.

Se apartaron del avión y, al momento, los motores de éste empezaron a funcionar.

Guy se sentía corroído por la rabia.

—¿No puedes detenerle con cualquier pretexto, Jacques?

—¿Crees que no me gustaría...? Una vez más, Karajam ha probado que es un zorro astuto... Pensé que habrías conseguido la prueba que necesitaba, pero ya lo ves, esa muchacha se va con él por su propia voluntad... Lo ha repetido varias veces y no encontré nada raro en su forma de hablar.

Guy estaba confuso. ¿Y si Ilona había cambiado de opinión...? Al fin y al cabo, Antranik Karajam era un hombre con una gran fortuna... ¿Cuántas mujeres se negarían a aceptarle como esposo? Muy pocas... Quizá Ilona Klaussen había sopesado eso.

El avión empezó a deslizarse en busca de la pista para emprender el vuelo.

—Vámonos, quiero seguir durmiendo —dijo el inspector.

Fueron hacia el auto para emprender el regreso a París.

Girardot había puesto en marcha el motor del vehículo, cuando el avión de Karajam se elevó en el aire.

CAPÍTULO XII

Antranik Karajam habló al hombre de las gafas oscuras.

—Ese lavado de cerebro resultó bueno, Monelli.

—Nunca me ha fallado.

—Le pondrás otra inyección a nuestra llegada a Berna.

—¿Para qué?

—Quizá el inspector de la Interpol no se conforme y hemos de adoptar todas las precauciones... Me quedaré en Berna un día, pero tú te llevarás a la chica a mi castillo de Rattenberg...

—Sí, señor Karajam.

Karajam entornó los ojos.

—Me faltaba una rubia platino en mi colección...

—Yo diría que es el más hermoso ejemplar de todos los que usted tiene.

—Sí, Monelli, es cierto. Ilona dará brillantez al conjunto.

—¿Ha elegido ya el modelo para ella...?

—Será Afrodita en su concepción como diosa del mar... Saldrá de una concha... como si fuese una perla. Quiero que el doctor conserve la sonrisa de Ilona... Los griegos decían que la sonrisa de Afrodita tenía la virtud de calmar los vientos... No he conocido a ninguna mujer que sonría como Ilona.

—No me fijé en su sonrisa, sino en su cuerpo, y creo que sería una lástima que usted lo cubriese.

—Nadie lo cubrirá. No lo consentiría por nada del mundo... ¿Cómo podría salir Afrodita de una concha con un vestido...?

—Estoy seguro de que va a ser lo mejor de su colección... ¿Qué digo al doctor Mommsen?

—Debe prepararlo todo para realizar su trabajo, pero no hará nada con ella hasta que yo llegue.

—¿Cuándo llegará usted?

—Estaré un día solamente en Berna, luego emprenderé el viaje hacia Battenberg.

—Comprendido, señor Karajam. El doctor Mommsen no actuará hasta que llegue usted.

—Quiero presenciar todo el proceso... Necesito ver cómo Ilona muere y cómo el doctor la transforma en Afrodita... Será un espectáculo único.

Guy Cordier estaba en el bar de hotel.

Iba por su tercer *whisky*.

Poco antes habían terminado las investigaciones relacionadas con el muerto del sótano, aquel Stuart que él había enviado al infierno, en legítima defensa.

El inspector Girardot estaba hablando todavía con sus colegas de la policía judicial.

Eran las siete y media de la mañana. Por unos momentos, Guy había sentido el deseo de escribir una larga crónica acerca de Karajam, pero desistió de ello, porque su director, Fernand Rouanet, no consentiría en publicarla.

—¿Puedo hablar con usted, señor Cordier? —Oyó una voz a sus espaldas.

Al volverse vio ante él a Fritz.

—¿Qué quiere?

—Me han informado que Ilona no está en el hotel.

—Se marchó a Berna. —¿Con Karajam?

—Sí.

—No me gusta ese tono.

—En eso coincidimos Fritz.

—Estuve con ellos en Roma, hará cosa de nueve meses... Observé cómo Karajam miraba a Ilona. Me hizo recordar los ojos de un reptil.

—Creo que su comparación es acertada. Karajam es un reptil.

—Vine aquí a pedirle perdón a Ilona, pero le habría insistido, otra vez, para que se apartase de Karajam.

De pronto, Guy recordó lo que acababa de decir Fritz.

—¿Ha dicho usted que estuvo con Karajam en Roma hace nueve meses?

—Sí.

—¿Pasó algo especial?

—No sé a qué se refiere.

—Durante esas fechas, en Roma se estaba celebrando un concurso de belleza.

—Oh, sí, lo recuerdo, se celebraba en el mismo hotel donde Karajam e Ilona se hospedaban... Por cierto, que Karajam demostró mucho interés en conocer a una de las concursantes.

—Virna Locatelli.

—Sí, ése era el nombre... ¿Cómo lo sabe?

—Una corazonada... Pero dígame, ¿qué pasó entre Virna Locatelli y Karajam?

—No creo que ocurriese nada entre ellos... Bueno, quiero decir que Karajam sólo bailó con ella un par de piezas y luego se despidieron. ¿Por qué lo pregunta?

—Virna Locatelli no tomó parte en el final del concurso desapareció.

—¿Sugiere que Karajam tuvo algo que ver con eso?

—Yo apostaría que sí. Dígame, Fritz, ¿ha oído hablar de Rattenberg?

—Claro, se lo oí a Ilona... Rattenberg es un pueblo cercano a Innsbruck. Karajam compró allí un castillo, yo lo he visto de lejos. Es impresionante. Se levanta sobre uno de los picos más rocosos de aquella región. Fue construido en la Edad Media, aunque, desde luego, ha sido objeto de muchas reconstrucciones. La última la hizo Karajam.

—¿Le habló Ilona del interior del castillo?

—Sí, dijo que era maravilloso y que Karajam lo había dotado de todos los adelantos modernos.

—Fritz, creo que me ha servido usted de muchísima ayuda.

—Señor Cordier, quisiera hacerle una pregunta.

—Muy bien. Adelante.

—¿Está usted enamorado de Ilona?

Guy se quedó sorprendido. No había pensado en eso hasta ahora... ¿Estaba enamorado de Ilona...? No, no lo creía, aunque debía admitir que Ilona era una de las mujeres más seductoras que había encontrado en su camino.

—Todavía no, ¿y usted, Fritz?

—Yo la quiero. Le pedí que fuese mi esposa y que se apartarse

de Karajam, pero ya ve, no sirvió de nada.

—Tengo que darle una mala noticia a ese respecto, Fritzt.

—¿De qué se trata?

—Karajam también pidió a Ilona por esposa y aunque ella, en un principio, le dio una respuesta negativa, luego lo aceptó.

—Eso es absurdo.

—También me lo pareció a mí, pero las palabras de Ilona no dejaron lugar a dudas... Un policía y yo fuimos testigos de que Ilona consintió en ser la señora Karajam.

—Ilona no es una mujer que se venda.

—¿Cree usted que se ha vendido a Karajam?

—Estoy seguro de ello, si es que Ilona le aceptó como marido. Ilona no es de esa clase de mujeres, por eso me enamoré de ella. Es distinta a todas. ¿Por qué no impidieron que se marchara con ese reptil?

Guy sacudió la cabeza.

—Oiga, Fritzt, hice todo lo posible, llegué hasta detener el avión, pero la propia Ilona al afirmar que se marchaba sin que nadie la hubiese coaccionado me decidió a renunciar.

—No lo entiendo. Pero yo sabré arreglarlo.

—¿De qué forma lo va a arreglar?

—Olvidando a Ilona —repuso Fritzt y se alejó de Guy muy deprisa.

El inspector Girardot llegó junto al periodista.

—¿Quién era él?

—Un admirador de Ilona. Quería casarse con ella.

—Vaya, todo el mundo quiere casarse con esa mujer.

—Me dijo algo interesante acerca del pasado de Karajam. Nuestro hombre estaba en Roma cuando desapareció Virna Locatelli.

—Pura coincidencia.

—¿También fue coincidencia que Karajam y Virna se conociesen poco antes de que ella desapareciese...?

El inspector arrugó el ceño.

—¿Eso te dijo?

—Sí, y no se lo contó nadie. Fritzt estaba presente en Roma cuando ocurrió.

—Tengo que verificar eso.

—Está bien, mientras tú lo verificas, yo emprenderé un viaje.

—No quiero que vayas a Berna.

—Claro que voy a Berna, y tú no puedes impedírmelo.

—¿Por qué no esperas un poco?

—Porque sería demasiado tarde.

—Llegarás tarde, de todas formas, para impedir que Karajam e Ilona contraigan ese matrimonio.

—Ahora tengo mis dudas respecto a que ese matrimonio vaya a celebrarse.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá todo fue un engaño. A menos que Karajam se casase también con Virna Locatelli, Carlota, Bortzay, Betty Carey y las demás chicas...

CAPÍTULO XIII

Ilona Klaussen despertó.

Estaba tendida en una cama, pero aquélla no era la habitación del hotel.

Se miró el camisón que tenía puesto. Era azul, pero ella jamás había tenido un modelo como aquél.

Se levantó de un salto.

Entonces supo dónde estaba.

Aquella habitación pertenecía al castillo de Battenberg. Había estado otras veces.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Se apretó las sienes con la mano.

Oh, sí, el hombre de las gafas oscuras... Había peleado con él... El olor a éter... La anestesiaron, pero ¿y luego...? Otra vez recordaba... Había tratado de gritar cuando despertó, pero aquel hombre de las gafas oscuras le inyectó algo, después de reducirla a la impotencia, con ayuda de otros dos hombres...

La puerta se abrió y entró en el dormitorio el hombre de las gafas oscuras.

—¿Quién es usted?

—Ernio Monelli.

—Quiero hablar con el señor Karajam inmediatamente.

—No puede hablar con el señor Karajam porque él no ha llegado todavía.

—¿Dónde está?

—En Berna... Ahora le voy a presentar a un amigo.

—No necesito que me presente a nadie. Me trajeron aquí a la fuerza. Quiero marcharme.

—Tenga paciencia, querida...

Se volvió hacia la puerta en el momento en que entraba un hombre de unos cincuenta años, alto, rubio.

—Le presento al doctor Mommsen.

—No necesito a ningún doctor...

El doctor Mommsen se detuvo y observó atentamente a la joven.

—Es realmente hermosa. Más que ninguna otra mujer que pasó por mis manos... Tenía usted razón al hablarme de ella como de algo excepcional... El señor Karajam ha sabido elegir... Será una Afrodita maravillosa.

—Eh, ustedes, ¿de qué están hablando? —repuso Ilona—. ¿Qué tengo yo que ver con Afrodita...?

El doctor Mommsen sonrió. Sus ojos adquirieron más brillo y hasta parecieron agrandarse.

—Quedará perfecta —dijo—. Ahora mismo empezaré a prepararlo todo.

—¿Qué es lo que tiene que preparar? —preguntó Ilona.

—Lo que usted necesita para convertirse en una belleza que admirarán los siglos.

Aquellas palabras hicieron recordar a Ilona lo que Karajam había dicho a ese respecto.

—Quieren explicarme, de una vez, ¿qué significa todo esto?

Mommsen fue a responder, pero Monelli intervino:

—Será el señor Karajam quien la informe. Recuerde que esta vez el patrón estará presente en el experimento.

—Está bien.

El doctor dio media vuelta y salió de la estancia.

Monelli esbozó una sonrisa.

—El doctor Mommsen es un entusiasta de su profesión.

—¿Me puede decir cuál es su especialidad?

—No hay inconveniente. —Monelli hizo una pausa. Cirugía estética.

—No necesito ningún especialista en cirugía estética. Estoy conforme con la cara que tengo y con todo lo demás.

—Sufre una confusión, señorita Klaussen... El doctor Mommsen no le hará ninguna reparación en la cara o en el cuerpo.

—Entonces, ¿qué es lo que me va a hacer?

—El señor Karajam la informará dentro de muy pocas horas.

Antranik Karajam ocupó un sillón tras la larga mesa.

Monelli estaba a su lado.

—¿Cómo se ha portado la prisionera?

—No ha querido probar bocado...

—Es rebelde, ¿eh...? Bien, creo que le hemos dado el destino que merece.

—¿Cómo fueron sus negocios en Berna?

—Perfectamente. Llegué a un acuerdo con dos importantes redes americanas... Les proporcionaremos medio centenar de mujeres durante el próximo trimestre. Naturalmente, para cubrir las apariencias, también firmamos un par de contratos de compra de maquinaria sin trascendencia. Pero no es de negocios de lo que quiero hablar esta noche... He venido aquí para entregarme a mi pasión.

—Sí, señor Karajam... El doctor Mommsen lo tiene todo preparado.

Karajam hizo girar el sillón. Se volvió hacia el muro que estaba a su espalda. Entonces alargó la mano por debajo de la mesa. El muro que tenía delante se abrió, deslizándose suavemente.

Ante los ojos de los hombres apareció un escenario, en el que había media docena de mujeres, que parecían estatuas.

—¿Las puedes identificar, Monelli? —dijo Karajam.

—La verdad es que yo sólo conozco la Venus de Milo, porque tiene los brazos cortados. Creo que fue el mejor trabajo que hizo el doctor Mommsen... Claro que tuvimos que buscar a Carlota Bortzay, que, según el doctor, daba las medidas...

La Venus de Milo estaba en el centro.

A la izquierda, en primer lugar, se veía una estatua compuesta. Una joven sostenía con su diestra, por medio de una cuerda, a un perro, que estaba dando un salto. Con la otra mano la muchacha empuñaba un arco.

Karajam señaló aquella estatua y dijo:

—Es la Diana de Mac Cartan, con la diferencia de que, mi ejemplar, es muy superior al auténtico de Mac Cartan, porque está hecho con un modelo de carne y hueso.

—¿Cuál es la segunda?

—Una copia de la Anfítrite, de Anguier, que está en el Louvre, como la Venus de Milo.

—¿Y las del otro lado?

—En el último extremo, a la derecha, tienes a la Ninfa, de Bartolini. Forma parte del monumento al príncipe Demidoff, en Florencia.

Monelli se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Es bueno que utilizase a Verna Locatelli, la napolitana, para copiar una ninfa italiana.

—Llevaba dos años detrás de alguien que se pareciese a la ninfa de Bartolini... Recuerda que ha de tener las medidas exactas. Yo quiero que mis ejemplares superen a los modelos originales.

—Hasta ahora preferí a la Diosa de las Flores —dijo Monelli.

Sus ojos se fijaron en una mujer que tenía los brazos levantados. Poseía una figura maravillosa.

Karajam dijo:

—En cuanto vi bailar a aquella española, me recordó la estatua de Barzaghi, en la Galería de Arte Moderno, de Milán... Una y otra vez, mientras ella evolucionaba con sus brazos al aire, la imaginaba ocupando el sitio en que se encuentra ahora. Parece que tiene vida...

Monelli dio un suspiro.

—Yo las prefería con sangre caliente.

—Eres un bárbaro al hablar así... No sabes admirar la belleza. Esas mujeres se habrían marchitado y yo las conservé en el momento de su más esplendorosa belleza... ¿Es que no lo comprendes...? He logrado superar a los más famosos escultores... Yo fui quien tuvo la idea... Sólo necesitaba al hombre que me ayudase con su técnica, con su ciencia, y al fin lo encontré en el doctor Mommsen... Pensé que yo podría reunir la suprema belleza y es lo que estoy haciendo con mujeres de todas las partes del mundo... Soy un benefactor de la humanidad... No permito que el tiempo dañe a estas mujeres, que reunieron en sí los maravillosos dones de la creación...

Monelli respetó la pausa que Karajam hizo después de sus últimas palabras.

Ahora su patrón señaló un hueco, entre la Venus de Milo y la Diosa de las Flores.

—Es ahí donde quedará Ilona en su papel de Afrodita.

—Demonios, va a ser un torneo entre las tres...

—¿Con cuál te quedarás ahora...?

—Creo que Ilona les gana a todas.

—Sí, Monelli, en eso estamos de acuerdo... Quise convertirla en mi esposa. Aunque pensé que un día, cuando me cansase de ella, la convertiría en Afrodita... Y ahora basta ya de diálogo... Quiero que el doctor Mommsen me explique las fases de su experimento.

Karajam apretó el botón, debajo de la mesa, y el muro volvió a correrse guardando la colección de mujeres.

CAPÍTULO XIV

Ilona vio entrar en el dormitorio a Karajam.

—¿Qué tal te encuentras, querida?

—¿Cómo tiene el cinismo de hacerme esa pregunta?

—Ya veo que estás muy bien.

—Se equivoca. Estoy muy mal. Nunca en mi vida me encontré peor.

Karajam esbozó una sonrisa, mientras resbalaba la mirada por el cuerpo de Ilona.

—Creo que un día sin comer no ha estropeado tu belleza.

—Señor Karajam, he sido una fiel empleada para usted...

—Sí, es cierto...

—Si está satisfecho de mí, demuéstremelo.

—Te lo voy a demostrar, descuida, y te aseguro que vas a recibir la mejor prueba de mi afecto.

—La única prueba que yo admito es que me deje en libertad.

—Harías muy mal uso de ella.

—¿Quién es usted para opinar de esa forma?

—Un hombre que ama sobre todas las cosas la hermosura de la mujer. Por eso me he dedicado enteramente a ellas.

La joven parpadeó.

—¿Quiere decir que son ciertas las acusaciones de Guy Cordier...?

—¿Qué acusaciones hizo?

—Dijo que usted era tratante de blancas.

—Es verdad.

La joven hizo un gesto de rabia.

—Fui una estúpida al no creer a Guy.

—A ese periodista le ajustaré las cuentas muy en breve.

—Señor Karajam, ¿cómo puede dedicarse a un negocio tan ruin, tan bajo, como el de traficar con mujeres?

—Es la mejor mercancía que existe.

—¿Mercancía?

—Sí, querida, sólo sois eso, una mercancía... Pero yo he conseguido convertirlos en otra cosa.

—¿A qué cosa se refiere?

—Os he transformado en objetos de permanente belleza.

—Es la segunda vez que se refiere a lo mismo. Hable de una vez, señor Karajam, ¿qué quiere decir con sus palabras?

—Lo vas a saber enseguida.

Karajam se dirigió hacia el aparato televisor que había sobre una mesa, en el fondo de la estancia.

A su lado había un teléfono. Descolgó el auricular y marcó un número.

—Monelli..., quiero que pongas en marcha el circuito cerrado y pases mi colección... Rápido...

Luego colgó y puso en marcha el televisor.

Tras unos segundos de espera, en la pantalla apareció la imagen.

Era aquel escenario donde se encontraban las mujeres de Karajam, copias de las estatuas que había admirado en distintos museos europeos.

—Mira eso, Ilona...

—Son buenas estatuas... Parecen los originales... Su artista debe estar orgulloso por sus aptitudes para la copia...

Karajam rió estremeciendo los hombros.

—Sí, Ilona —dijo—. El doctor Mommsen sabe copiar muy bien sus modelos, pero yo le facilito mucho el trabajo proporcionándole las mujeres que más se asemejen a las estatuas que debe conseguir.

—¿Mujeres...?

—Sí, querida. ¿Es que todavía no lo comprendiste...? Mujeres de carne y hueso como tú... Por ellas ha circulado la sangre... El corazón de cada una de ellas ha latido. Respiraban... Y hasta llegaron a amar... Pero también sufrieron enfermedades y estuvieron expuestas a lo peor, a morir... A convertirse en repugnantes gusanos... ¿Te das cuenta...? Una carne tan maravillosa... No, yo no podía consentir que algo tan hermoso se pudriese... Y lo he conseguido... Les he dado la vida eterna... Las

conservé en la plenitud de su atractivo, de su seducción...

Ilona señaló la Venus de Milo en la pantalla.

—¿Quiere decir que a una mujer real le cortó los brazos para que ese doctor sacase el modelo que quería copiar?

—Sí, querida.

—¿Qué clase de monstruo es usted, señor Karajam...? ¿Cómo pudo ordenar semejante crimen?

—¿Un crimen...? No sabes lo que dices... Esas mujeres, si estuviesen vivas, me darían las gracias por no haber consentido que perdiesen su belleza...

—Está loco.

—No digas eso.

—Lo está, señor Karajam, pero todavía puede haber cura para usted. Debe ponerse en manos de los psiquiatras...

—¡Cállate!

—¿Cuántos crímenes ha cometido...? Ande, dígalo, ¿cuántos...?

—Eres un ser vulgar... No sé cómo no me di cuenta antes... Cerebro que te hayas negado a ser mi mujer. No merecías ese alto honor.

Ilona echó a correr hacia la puerta.

Karajam saltó, interponiéndose en su camino, y atrapó a la joven por el brazo.

Ella se revolvió, pegándole un puñetazo en la cara.

Karajam la dejó libre y retrocedió tambaleándose.

Entonces, Ilona se precipitó sobre la puerta y la abrió de un tirón.

El camino estaba libre.

Se dirigió hacia la escalera.

Karajam gritó a sus espaldas:

—¡No escaparás...! ¡Vuelve aquí...! ¡Nadie puede salir de este castillo sin mi permiso...!

Ilona no se detuvo y bajó los peldaños muy aprisa. Pero se detuvo al ver abajo al hombre de las gafas oscuras.

—¿Adónde va, señorita...?

—Déjeme salir... Su patrón está loco... Es un perturbado... Usted no puede ser cómplice de sus crímenes.

—Vuelva a su habitación.

—¡No puedo volver...! ¡Él está allí y quiere matarme...! ¿Lo oye,

Monelli...? El señor Karajam quiere que forme parte de esa monstruosa colección...

—Usted va a ser Afrodita saliendo de una concha, y ya tengo curiosidad por saber cómo va a quedar.

—¿Es que están todos locos...? ¡No pueden quitarme la vida...! ¡No pueden...!

Karajam apareció en lo alto de la escalera.

—Llevala al laboratorio... El doctor Mommsen la está esperando.

De las sombras del vestíbulo emergieron dos hombres. Ilona comprendió que, aunque hubiese burlado a Monelli, nunca habría llegado a la puerta.

Volvióse hacia Karajam, que mostraba en su cara la huella del puñetazo que ella le había propinado.

—Señor Karajam, no tiene ningún derecho a quitarme la vida.

—Tengo todos los derechos sobre ti. Y ya basta de escenas trágicas. Tú eres la culpable de que esto haya acabado así... Podría haber sido mucho mejor... De todos modos, te aconsejo que seas dócil... Será menos doloroso para ti...

Los dos hombres ya estaban subiendo la escalera, Ilona retrocedió unos peldaños.

Pero Karajam descendía sobre ella para cubrirle la retirada.

Dio un chillido y saltó hacia adelante.

Burló a un hombre, pero el otro la agarró por la cintura.

Ilona le soltó un zarpazo.

El hombre dio un grito, porque las uñas de la joven le rasgaron la piel.

Entonces, el individuo soltó un puñetazo en la mandíbula de la joven.

Ilona echó la cabeza hacia atrás y se desmayó.

—Estúpido, ¿qué es lo que has hecho...? —gritó Karajam.

—Perdone, señor, pero no tuve más remedio que pegarle...

—Walter —dijo Karajam mientras bajaba—. Si le has roto la mandíbula te partiré la cabeza... Quiero una estatua perfecta y sólo se puede conseguir estando ella en las mejores condiciones... El doctor Mommsen le hará un examen... Si has causado algún daño a la muchacha, te lo haré pagar... ¡Vamos, llévala tú mismo!

El llamado Walter tomó a la joven en brazos.

Todos bajaron la escalera y se dirigieron al laboratorio, que estaba en el sótano.

El doctor Mommsen se cubría con una bata blanca.

Se hallaba al lado de una especie de urna o sarcófago, al que estaban unidos muchos cables.

—Métela en la cámara, Walter —dijo el doctor—. Le daré el primer tratamiento de rayos cósmicos.

—Todavía no, doctor —repuso Karajam—. Quiero que examine a la muchacha... Walter la golpeó en la mandíbula.

—Déjala entonces sobre la mesa de operaciones, Ilona fue colocada donde el doctor había ordenado y éste la examinó.

—No existe fractura, pero se producirá un fuerte hematoma... He de inyectarle o tendremos que suspender la operación por más de veinticuatro horas.

—Inyéctala —gritó Karajam.

—Enseguida —asintió el doctor.

En unos minutos el especialista preparó la jeringuilla e inyectó a Ilona en el cuello.

—Habremos de esperar quince minutos para conocer los resultados.

Karajam alargó su mano hacia Monelli.

—Tu pistola.

Monelli se la dio con rapidez.

Walter estaba muy pálido.

Karajam quitó el seguro de la pistola y apuntó a Walter.

—¿Qué va a hacer, señor Karajam?

—Has ocasionado un desperfecto en uno de los más valiosos ejemplares de mi colección.

—No, señor Karajam... Ya ha oído al doctor..., lo arreglará con una inyección...

—Tendremos que esperar quince minutos para conocer el resultado y eso quiere decir que ya ocasionaste una demora en nuestro trabajo...

—Todo se arreglará, señor Karajam... Ya verá cómo la chica no tiene nada y el doctor la convierte en una estatua, como las demás.

—Tú no lo verás, Walter... Pago bien, soy un buen patrón, pero exijo que mis hombres tengan sentido de la responsabilidad.

Karajam apretó el gatillo.

Walter recibió el impacto en el estómago.

Lanzó un grito de dolor y dio un traspiés.

Karajam hizo fuego por segunda vez.

La bala atrapó a Walter por la ingle.

Aulló como un perro, mientras se retorció en el suelo.

Karajam le metió la tercera bala en el pecho. Entonces, Walter dejó de moverse poco a poco.

Karajam devolvió la pistola a Monelli y dijo:

—No puedo consentir que nadie dañe mi colección de mujeres...

Y esa advertencia vale para todos...

CAPÍTULO XV

Guy Cordier estaba trepando por el muro del castillo.

Se había valido de unos garfios colocados en el extremo de una cuerda.

Llegado a lo alto, se descolgó a la otra parte.

El silencio de la noche era sólo turbado por el aullido del viento.

Negras nubes cubrían la luna.

Se acercaba una tormenta.

Guy se encontró rodeado de árboles.

Serpenteó entre ellos hasta que al fin descubrió el castillo.

No vio iluminada ninguna ventana del piso alto, sólo una de las habitaciones de la planta baja.

Ahora tenía que entrar allí, abriendo la ventana.

De pronto vio brillar un cigarrillo en la oscuridad. Había dado con un centinela.

Tuvo que dar un rodeo para sorprender al individuo por la espalda.

Lo vio cerca, a unos tres metros.

Guy se le fue acercando poco a poco.

Pero de pronto pisó unas hojas secas, que restallaron en el silencio.

El hombre se volvió rápidamente.

Guy supo que apenas contaba con un par de segundos.

Saltó sobre el fulano al que propinó en el cuello un golpe de comando.

El centinela soltó un estertor y se desplomó en el suelo.

Guy se apoderó de la pistola que había caído a sus pies.

¿Cuántos centinelas más habría alrededor del castillo?

No podía contarlos y reanudó su camino hacia las ventanas de la

planta baja.

Probó en una de ellas, pero estaba herméticamente cerrada. Lo mismo le ocurrió con las otras tres.

Tenía que apalancar una de ellas, para lo cual llevaba la herramienta adecuada.

Probó con la cuarta, y como también estaba cerrada, decidió forzarla.

Eso le costó tres minutos.

Al fin pudo empujar las hojas.

Saltó al alféizar y se deslizó al interior de la habitación, que estaba a oscuras. Luego cerró la ventana.

Ya estaba en la guarida de Antranik Karajam.

De pronto, la ventana que había cerrado a su espalda se abrió, violentamente, impulsada por el viento y dio un fuerte golpe.

Ahora no podía cerrarla.

La habitación de al lado era la que estaba iluminada, donde debía haber alguien.

Oyó pasos y se escondió tras un sillón.

Un hombre entró en la estancia y dio vuelta al conmutador de la luz.

Guy no podía ver al tipo, porque estaba tras el sillón.

Las hojas de la ventana volvieron a golpear por efecto del viento.

El empleado de Karajam, tras su examen de la estancia, se dirigió a la ventana para cerrarla.

Guy lo pudo ver. Tenía una pistola en la mano, y ahora la guardó en el cinturón para cerrar.

De pronto se detuvo.

Guy comprendió por qué.

Aquel hombre acababa de descubrir las marcas dejadas por él en la ventana, al forzarla.

Guy se levantó de detrás del sillón y echó a correr.

El tipo se revolvió mientras sacaba la pistola del cinturón.

Guy se lanzó sobre él como impulsado por una catapulta.

Le estrelló el puño en el maxilar inferior.

El tipo se derrumbó en el suelo, golpeó la cabeza contra la pared y se desmayó.

Guy le quitó también la pistola. Ya tenía un arsenal.

Atrapó el cordón de una de las cortinas y lo utilizó para convertir al sujeto en un paquete.

Su víctima volvió en sí.

Fue a gritar, pero se interrumpió cuando Guy le puso el cañón de la pistola entre los dos ojos.

—A callar, muchacho.

El otro asintió con la cabeza.

—¿Dónde está tu patrón?

—No lo sé.

Guy le pegó con el cañón en la nariz.

El individuo ahogó un grito.

—Te pregunté en serio.

—Está en el laboratorio.

—¿Qué laboratorio?

—El del doctor Mommsen.

—¿Para qué ha ido allí...?

—Van a hacer el experimento.

—¿Quieres que te saque las palabras con sacacorchos...? Habla de una vez, ¿qué es lo que van a hacer?

—Van a convertir a la mujer en estatua.

—¿Te refieres a Ilona Klaussen, la secretaria de Karajam...?

—Sí, esa misma.

—¿Dónde está el laboratorio?

—En el sótano, a la izquierda de la escalera...

—¿Para cuándo es el experimento...?

—Ahora mismo lo iban a hacer... Primero tienen que matar a la muchacha con los rayos...

Guy hizo rechinar los dientes al pensar que podía haber llegado demasiado tarde.

—Gracias, muchacho —dijo Guy y le atizó un golpe en la cabeza.

Su víctima se desmayó de nuevo, y entonces Guy echó a correr cruzando la habitación.

Abrió la puerta y vio el vestíbulo con una gran escalera al fondo.

Si el tipo no le había mentado, la puerta de acceso al laboratorio estaba a la izquierda y no la vigilaba nadie.

Empezó a cruzar el vestíbulo.

Estaba a dos metros de la pequeña puerta a la que se dirigía

cuando oyó una voz a su espalda.

—Alto ahí...

Fue a volverse, pero se detuvo al oír de nuevo aquella voz.

—Dije quieto, o te ganas un par de balas... Abre la mano y deja caer el arma.

Guy abrió la mano y dejó escapar la pistola a sus pies.

Escupió un juramento entre dientes.

Había hecho una larga carrera hasta llegar al castillo de Rattenberg. Pero sus esfuerzos no le habían valido de nada. Allí acababa su aventura.

CAPÍTULO XVI

—Vuélvete, muchacho —ordenó el hombre que le había capturado.

Giró sobre sus talones y entonces le vio.

Era un hombretón de cabellos rojizos y nariz pecosa. Poseía manos poderosas y con la diestra empuñaba una «Luger».

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Me dejó un helicóptero en el jardín... Soy representante de la casa de seguros El Futuro es muy Negro.

El pelirrojo se echó a reír.

—Fue un buen chiste...

—Lo más gracioso viene ahora. Es verdad que tengo esa profesión y me llegué aquí para hablar con el señor Karajam... Quiero lograr que haga un seguro contra los rayos y el desgaste del tiempo...

—¿Por qué clase de estúpido me tomas...? No oí ningún ruido de helicóptero y para entrar en la casa no utilizaste la puerta principal. Yo la guardo... Te metiste por una ventana.

—Nuestra firma es partidaria de que nos presentemos ante el cliente en las circunstancias más sorprendentes... Anda, llévame a presencia del señor Karajam... Él sabe quién soy... Tu patrón te convencerá de que no estoy mintiendo...

—No te creo una palabra, pero de todas formas te voy a llevar a presencia del señor Karajam...

—Gracias.

—Sé lo que va a pasar. Me dirá que te de el pasaporte... Anda, echa a andar hacia la puerta, donde te encaminabas cuando te sorprendí.

—Sí, muchacho, ahora mismo...

Guy se puso otra vez en movimiento.

Al llegar a la puerta, se detuvo esperando que el pelirrojo se le acercase lo suficiente para saltar sobre él. Pero el fulano lo hizo con muchas precauciones y le metió el cañón de la «Luger» en la espina dorsal.

—Cuidado con levantar el vuelo, pajarito.

Guy se resignó.

Los dos entraron por la puerta, uno pegado al otro.

Ante sí, Guy vio una escalera iluminada.

—Empieza a bajar y cuidado con caerte. Antes de que llegues abajo, te lleno de plomo.

—Descuida, no me caeré.

—Así me gusta que seas, obediente como un niño.

Guy bajó la escalera seguido de su guardián.

De pronto, descubrió a Ilona.

La joven estaba tendida en una mesa de operaciones.

La rodeaban un hombre con bata blanca, que debía ser el doctor Mommsen, Antranik Karajam, un tipo que llevaba gafas oscuras y otro fulano.

A un lado, tendido en el suelo, vio a otro hombre, pero éste ya no podía hacer nada, porque estaba muerto. Le habían metido unas balas en el cuerpo.

Todos se habían vuelto hacia la escalera al oír pasos.

Karajam mostró su sorpresa.

—Caramba, si es mi buen amigo Guy Cordier.

—Hola, señor Karajam... Ya le veo muy entretenido en sus crímenes.

—Celebro que esté de buen humor, señor Cordier.

Guy terminó de bajar la escalera.

—¿Qué han hecho con ella...? ¿Ya la mataron?

—Todavía no. Llegó a tiempo de verlo.

—¿Qué va a hacer con Ilona, Karajam?

—Le presento al doctor Mommsen, un verdadero talento de la medicina.

—Imagino que quiere decir que al doctor Mommsen le deberían dar el Premio Nobel del Asesinato.

—No ofenda al doctor Mommsen, él es un artista..., tan grande como Fidias, Miguel Ángel o Rodin...

—De modo que esculpe en sus horas bajas...

—Hace algo más que eso. Convierte a los seres humanos en maravillosos monumentos de arte.

—Ya entiendo, atrapa a seres vivos y los mete en un baño de bronce...

—No sea vulgar, señor Cordier.

—¿Oro, platino...? ¿O es uranio?

—Todas sus ideas resultan ridículas ante la realidad.

—¿Y cuál es la realidad, señor Karajam?

—Usted va a ser un testigo de excepción... Sí, señor Cordier, usted va a presenciar cómo trabaja el doctor Mommsen. En su procedimiento científico juegan un papel importante los rayos cósmicos.

—Vaya, enhorabuena, doctor Mommsen. Ignoraba que hubiesen conseguido enlatarlos, pero si es así, está perdiendo un gran negocio. Podía exportarlos a los Estados Unidos. Allí están muy necesitados de rayos cósmicos como éstos.

—Cierre la boca y no diga más tonterías.

El doctor anunció:

—La paciente está despertando.

—¿Qué tal su barbilla? —inquirió Karajam.

El doctor se inclinó sobre Ilona y examinó una vez más el mentón de la joven.

—Por fortuna no ha sufrido ningún daño —declaró—. Podemos realizar inmediatamente el experimento, señor Karajam.

—Ya le he dicho muchas veces que no le llame experimento, doctor.

—Recuerde, lo llamo así, porque existe un cuarenta por ciento de probabilidades de fracasar... Tenga en cuenta que la Venus de Milo no me salió bien hasta la tercera.

—Sí, desde luego, pero entonces usted no había conseguido perfeccionar su descubrimiento...

La joven terminó de despertar y se irguió en la mesa.

Soltó una exclamación al ver al periodista.

—Guy, ¿qué hace aquí...?

—Ya lo ve, el señor Karajam no quiso que me perdiese este acontecimiento deportivo y me regaló una entrada de preferencia.

El doctor Mommsen se dirigió a Monelli y al otro hombre.

—Ya saben lo que tienen que hacer.

Guy se imaginó lo que iba a pasar. El hombre de las gafas oscuras y el otro meterían a Ilona en aquella urna que estaba conectada a tantos cables.

La joven fue a resistirse, pero los dos individuos la atraparon, cada uno por un brazo, y tiraron de ella.

Guy miró de soslayo al pelirrojo. Le seguía apuntando con la pistola, pero supuso que, cuando la joven fuese introducida en la urna, él también se distraería.

Ilona estaba todavía aturdida y forcejeaba débilmente, mientras era empujada hacia el receptáculo.

La metieron a viva fuerza.

El doctor Mommsen cerró la puerta.

Luego caminó hacia un tablero de instrumentos.

Guy no podía esperar más tiempo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola.

Se volvió en una fracción de segundo e hizo fuego sobre el pelirrojo.

Éste saltó hacia atrás, con violencia, porque había recibido el impacto en el pecho.

Guy destinó la segunda bala al doctor Mommsen, justamente cuando éste alargaba la mano hacia el tablero de instrumentos.

Se dobló en dos como un muñeco, porque el proyectil le partió la espina dorsal.

Karajam lanzó un aullido.

—¡Matadle...! ¡Matadle...!

Monelli ya tenía la pistola en la mano.

Guy hizo fuego sobre él antes de que pusiera en funcionamiento su arma.

Monelli soltó un grito, que más pareció el de un animal moribundo. En su garganta había aparecido un gran boquete del que le brotó sangre burbujeante.

El otro individuo levantó los brazos.

—¡No tire...!

—Muy bien, muchacho, saca a la chica de ahí... ¡Rápido...!

—Sí, señor, ahora mismo.

Karajam estaba inmóvil, lívido, con el rostro desencajado.

—Maldito sea, Cordier, no puede quitarme un ejemplar de mi

colección... Ilona me pertenece... Tiene que comprenderlo... Ella debe ser Afrodita saliendo de la concha... Será la estatua más perfecta del mundo... Mil veces mejor que la Venus de Milo o la Diana cazadora... Si la deja vivir se corromperá, llegará un momento que perderá su hermosura... Usted y yo haremos el milagro de conservar su seducción, su atractivo, todo lo que la naturaleza puso en su cuerpo.

Guy comprendió que aquel hombre estaba completamente desequilibrado.

—No, Karajam... Usted ya no va a completar su colección.

Karajam lanzó un grito y se precipitó sobre el tablero de mandos.

Ilona todavía estaba en la urna.

Guy comprendió lo que Karajam iba a hacer. Bajaría la palanca que hacía pasar la corriente por los cables.

Apretó el gatillo una vez más.

Karajam cayó de rodillas. Apoyóse en la pared y empezó a alargar el brazo hacia la palanca.

Guy hizo fuego.

Karajam se abatió definitivamente.

En aquel momento descendió por la escalera alguien que Guy conocía.

Era el inspector Girardot, al que le seguían otros hombres.

El inspector se detuvo ante el periodista.

—Me sacaste un poco de ventaja.

—Sí, y creo que lo aproveché bien.

—Es el mejor trabajo que has hecho desde que entraste en la redacción del *Paris-Dimanche* —dijo Fernand Rouanet, el director del semanario—. Acabaste al mismo tiempo con un tratante de blancas y un coleccionista de mujeres.

—Lo malo es que el público no cree que esas estatuas fotografiadas hayan sido antes mujeres de carne y hueso. Piensan que todo es un trucaje nuestro para vender más ejemplares... En fin, es cuestión de ellos... Hasta mañana, jefe.

—Quería que vinieses a cenar con Brigitte y conmigo esta noche.

—Lo siento, tengo un compromiso...

—¿Quién es ella?

—¿Quién crees que puede ser...?

—Ilona Klaussen, ¿eh...?

—Un día de éstos será la señora Cordier.

—¿Tú casado...?

—¿Qué remedio me queda...? Todos decís que el matrimonio es maravilloso, y yo soy el hombre que tiene ahora en carne y hueso a Afrodita... ¿Cómo quieres que pierda la oportunidad de conservarla?

Guy salió del despacho de su jefe dejando a éste con la boca abierta.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi 50

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*